

FLYING FISH

pez volador

los viajes de Roberto Orzali



Bon voyage.....	5
<i>Los Orzali, músicos de alma</i> de José "Chiche" Pupko.....	7

Flying Fish / pez volador

los viajes de Roberto Orzali

1. Primeros viajes.....	11
2. La tierra donde caminó Jesús.....	41
3. La vuelta al mundo bajo bandera griega.....	57
4. Viajes con el Vasco.....	79
5. Últimos viajes en el <i>Gaucha Laguna</i>	105

<i>Presentes del ahí</i> de Analía Bernardi.....	125
--	-----

<i>Fin de viaje</i> de Marcelo Díaz y Analía Bernardi.....	133
--	-----

Editor: La Casa del Espía
Juan B. Justo 3885 (8103) Ingeniero White
Bahía Blanca / Buenos Aires / Argentina
(0291) 4570335
ferrowhite@bb.mun.gba.gov.ar
www.bahia blanca.gov.ar/ferrowhite

Diseño gráfico: Carlos Mux

FISH

FLYING FISH
pez volador

OLADOR

Bon voyage

Este libro reúne los escritos de viajes de **Roberto Orzali**, marinero whitense, hijo de **Oscar Orzali** (pianista de LU2 Radio Bahía Blanca y de varias orquestas típicas y características de Bahía Blanca) y de **Isabel Alejandra Siepe** (profesora de piano que supo dar clases en su casa de chapa y madera). Escrito en 1993, reúne diez viajes realizados alrededor del mundo entre 1967 y 1973 en buques mercantes de compañías suecas, dinamarquesas, griegas, noruegas, argentinas...

Para acompañar estos viajes hemos dispuesto algunos textos e ilustraciones:

En el muelle nos recibe **Chiche Pupko**, escritor, docente y amigo de la infancia de Roberto Orzali en Ingeniero White, quien se hace cargo del prólogo.

Tras el prólogo llega el momento propiamente dicho de viajar por el mundo con Roberto Orzali y algunos de sus amigos, como **Pechito Mancinelli** o el **Vasco Oroquieta**. Y tras los viajes, un apéndice con textos de postales y cartas que cruzaron los océanos para hacer saber cómo se estaba en Copenhague, cómo seguía todo en White.

Luego de la vuelta de Ecuador en colectivo, de escapar del FBI y de embarcarse en el *Gaucha Laguna* por última vez, nos encontramos en el living comedor de la familia Orzali, con

una colección de souvenirs que nos muestra y comenta Analía Bernardi.

Y mientras los trámites jubilatorios van y vienen en trayectos interminables y más tortuosos que los viajes relatados, Analía Bernardi y Marcelo Díaz se preguntan si un libro como el de Roberto Orzali se podría escribir hoy (con los cambios en la navegación, la carga, la infraestructura portuaria, las condiciones laborales, la seguridad) y ensayan algunas respuestas.

Ahora, antes de embarcarnos en la lectura de *Flying fish*, presentemos a quien nos llevará a recorrer el mundo:

Roberto Orzali nació en Ingeniero White en 1943. A los 16 años ya sabía lo que es estar embarcado. Trabajó en la flota de YPF, en el dragado del puerto de Ingeniero White, hizo un viaje experimental a Malvinas con la NASA, y recorrió el mundo desempeñándose como marinero, timonel, motorman, oiler, contraмаestre e incluso showman en el bar Black and White de Punta Arenas.

Bienvenidos a bordo,
y ***bon voyage!***

Los Orzali, músicos de alma

Los Orzali, músicos de alma y con talento, engendraron a este otro músico, Roberto "Chapa", que obedecía al ritmo y a la coloratura del mar. Después de todo, vivíamos acunados en un gran puerto, y aquellos que no estudiábamos se arrojaban a la aventura. La ciudad vecina, Bahía, era gris y sin magia, típico reducto de campesinos ávidos de dinero y sin imaginación. Las opciones se reducían: allí, enfrente, el mar, la aventura, la odisea que se embellece por la juventud, el afán de vivencias y el tesoro de la sexualidad. Así comienzan los grandes vicios, y también las grandes hazañas. Porque el ancestral océano es como el opio y las guerras: hace de sus hijos seres inestables y caprichosos, que por último se comportan con la nostalgia de las sirenas...no son del mar ni de la costa.

Será difícil para estos centauros aceptarse simples mortales y regresar a la rutina. Hasta que la sensatez se impone, brota la rebeldía y se vive del recuerdo. Invoco a los marineros que pintó Otto Dix, casi dibujos de comics, entre nubes prostibularias y banderas multicolores. La patria se abre a la humanidad. Si se vuelve, se vuelve mejor. Nuevas costumbres, nuevas concepciones de vida, capacidad para comprender lo extraño, lo distinto. Esas mismas verdades que descubrió seis siglos antes de Cristo un famoso viajero, Heródoto, que, palabras más, palabras menos, nos confiesa: "Lo que es bueno en un lugar, puede ser malo en otros." Relatividad bendita, que haría más difíciles las confrontaciones y la intolerancia.

Pero escuchemos a Chapa, que vivió, gozó, sufrió (y claro, vaya si trabajó), para regresar a esta Ítaca que es White, y que la historia ha transformado en el paisaje de la desolación.

José "Chiche" Pupko

Escritor y amigo de la infancia del Chapa

Diciembre de 2009

Soy **Roberto Jorge Orzali**. Tengo 60 años y trabajo en la Asociación Médica de Bahía Blanca haciendo guardias de seguridad.

Estoy casado con Manina Sandalich y tengo tres hijos: Facundo, Jimena y Federico Marcos.

Hoy domingo Día de La Madre, solo y escuchando una hermosa melodía, ayudado por el silencio que reina en el edificio, empecé a recordar mis viajes por los mares del mundo, en buques de diferentes pabellones, anécdotas y aventuras vividas en mi juventud. Situaciones límites, experimentadas durante las travesías, debido a temporales, incendios, en la navegación y otras circunstancias que ya relataré.

Roberto Orzali en su casa de la calle Avenente, Ing. White.



PRIMEROS

VIAJES

1. PRIMEROS VIAJES

la estela que deja la hélice

Cuando era niño, mi padre me llevaba de la mano por el muelle de hierro y madera de Ingeniero White, donde caminaba, con pasitos inseguros. Recuerdo el horizonte marino, los mástiles de los barcos amarrados, el olor a barro y petróleo que había en esos muelles, y pensaba qué lindo sería ser marinero, en uno de esos barcos, y conocer el mundo.

A medida que pasaban los años crecía en mí ese espíritu aventurero de descubrir el mar desde la cubierta de un barco, y poder surcarlo en una travesía. Así fue que a los 16 años embarqué en un remolcador en Mar del Plata (haciendo un relevo había obtenido una cédula de embarque), pero yo lo que quería era hacer viajes largos y conocer países. Así fue que a los 23 años me subí a un barco Dinamarqués, con el pasaporte en el bolsillo, y le dije al Capitán si me llevaba a Hamburgo (Alemania), que era el destino del barco. Éste me dijo que necesitaba un “motorman”, que viene a ser el que hace la limpieza en la sala de Máquinas, y me dijo que vaya a hacer las valijas, que me llevaba hasta Alemania y, si estaban conformes con mi trabajo, podría quedar en la Empresa que se llamaba Rederiet J. Lauritzen y tenía su sede en Copenhague, en la calle Hamerausgade JK Dinamarca.

El barco se llamaba *Argentinean Reefer*, y el Capitán Kuroi Algreen, hablaba español, porque había vivido en Buenos Aires. Salimos a las 22 horas de Bahía Blanca con un cargamento de peras y manzanas para Hamburgo. A la mañana siguiente, me llamaron para trabajar y salí de mi camarote hacia cubierta; iba

a la cocina para desayunar y me encontré con la inmensidad de ese mar azul glorioso e imponente, en toda su plenitud. Me invadió una sensación de libertad que no puedo describir, el viento me despeinaba los cabellos y observaba la estela que deja la hélice, en popa, debido a la marcha del buque.

Al tiempo, pasando por las islas Canarias, el Capitán me llamó al puente de mando, y me dijo que el Jefe de Máquinas estaba conforme conmigo porque trabajaba bien. Podría quedarme en la Empresa y acepté.

alguien con acento italiano

En Hamburgo, trabajando, me accidenté, me fisuré una mano y me enyesaron. Seguí navegando y en cada puerto me tenían que sacar una placa. De Hamburgo, navegamos hacia Casablanca, un puerto situado en el Norte de África, más bien Marruecos Francés. Llegamos un sábado a la noche a un muelle con pocas luces, más bien misterioso. Nos aguardaba gente con turbantes y túnicas, eran estibadores “moros”, y las autoridades con vestimenta exótica. Me dieron plata de ese lugar (Dirman). No me acuerdo cuánto pedí, pero alcanzaba para una noche. Fui a bailar y cenar y tomamos un taxi, bajé con un amigo de Argentina, Roberto Santillán, nos hicimos llevar a los



boliches, que están en la Costanera Francesa de Casablanca, algo indefinible, con el mar enfrente.

Tuvimos problemas con el taxista que nos quería cobrar de más. Unos españoles sintieron la discusión y nos ayudaron. El taxista no se salió con la suya, luego de varios insultos se retiró, y a los españoles en agradecimiento los invité a tomar unas copas en un boliche que se llamaba Le Tangé (El tango). Me acordaba de la película que se llamaba “Casablanca”, con Humphrey Bogart e Ingrid Bergman, si mal no recuerdo. En el boliche conocí una chica, bailando “La Bamba”, que estaba de moda, y me fui a su casa. Vivía en el famoso barrio La Casbah, es famoso, por la historia de Pepe Le Moc, un famoso ladrón como Alí Babá, muy peligroso.

Cuando me despedí de ella para tomar un taxi, me interceptaron varios moros, querían robarme, y yo empecé a correr, me metí en un bar para pedir un taxi, y nadie me daba bola, los tipos seguían siguiéndome, no podían correr como yo por sus túnicas, que se lo impedían, y aparte usaban sandalias. Sentí alguien con acento italiano que me dijo “sube a mi moto”, que se dio cuenta que me querían robar. Me llevó en una moto Vespa hasta el boliche Le Tangé, donde me estaba esperando Roberto mi amigo, y los españoles que eran marineros de un barco que cargaba chatarra para Japón. Les conté mi Odisea, y se quisieron morir. Al otro día nos invitaron, a comer al barco de ellos, y luego fuimos a pasar la tarde a la playa, yo seguía con la mano enyesada.

En Marruecos (Casablanca), estuvimos una semana. Luego fuimos a cargar naranjas marroquíes que son enormes, al puerto de Tánger, que pertenece a Marruecos Español. Del muelle de Tánger, se puede observar el famoso Peñón de Gibraltar y desde

la Costa del Norte de África a la costa española, se tarda 45 minutos en lancha. Por eso muchos ilegales marroquíes, trabajan en Europa.

De Tánger navegamos rumbo al Mar del Norte, para poder ingresar al mar Báltico, por medio del canal de Kiel (Alemania). Nuestro Destino era el puerto de Riga, capital de Letonia, que juntamente con Estonia y Lituania pertenecían a la URSS, Unión Soviética. En Riga, me sacaron el yeso viejo y me pusieron uno nuevo. A Riga le dicen la pequeña París, por su semejanza a la capital francesa, sólo que más pequeña y de régimen diferente. De Riga fuimos a Copenhague, luego de volver a pasar por el canal de Kiel y entrar en Dinamarca, por el Mar del Norte. Estuvimos cerca de 1 mes en Copenhague, una ciudad maravillosa, con su monarquía, su seguridad, su poder adquisitivo, su amor por la paz, no hay asaltos, se bebe mucha cerveza, sus marcas tradicionales son Tuborg y Carlsberg, y las marcas de cigarrillos tradicionales son Cecil y Prince.

Hay un lugar en Copenhague, que se caracteriza por sus bares, junto a un canal, muy frecuentado por marinos de todo el mundo, por supuesto con sus alternadoras danesas, esa zona se llama NEW HOUSE 17 y sus bares eran el Scandinavian bar, Oslo bar, Noruegan bar, Carrousel, Star Club, Acrópolis bar, etc. Éramos muy habitúes a esos bares de esa zona roja. Luego en el Centro de la ciudad, estaba el famoso parque “Tívoli” donde se consagró la célebre cantante italiana Gigliola Cinquetti. Frente al Tívoli está la Estación Central de Trenes, el café ABC frecuentado por hispanos y marroquíes, atendido por mozos españoles, y el Club N° 6 bailable. En todos lados, en la ciudad, no se ve un papel tirado en la calle, hay canastos por

todos lados, un policía me hizo levantar una caja de cerillas y, tras retarme, me hizo tirarla en un canasto. Tuve la suerte de ver el desfile de la guardia Real en el principado porque se conmemoraba un aniversario importante para ellos.

Bueno, el barco se vendió y a mí me mandaron a Argentina en avión en la Compañía Scandinavian Airlines de vacaciones, y luego me mandarían a otro barco que fue el *Chilean Reefer* de la misma empresa para hacer la línea Ecuador, Japón, Los Ángeles con bananas y camionetas Toyota, de Japón a Los Ángeles USA.

un viaje tétrico

Estando en mi casa de Ingeniero White con mis padres, aclaro que yo soy único hijo, con un primo hermano mío de nombre Jorge Horacio Siepe, y ya restablecido de la fisura en mi mano, debido al accidente que tuve en Hamburgo, planeamos irnos al Brasil a tratar de conseguir trabajo en algún barco. Mi primo ya había navegado en un barco noruego como “Len Matros”, que significa algo así como 2º marinero de cubierta. Juntamos algo de dinero y viajamos hacia Montevideo (Uruguay) en el *33 Orientales*, un barco de pasajeros que sale a las 23 horas y llega a Montevideo a las 07:00 de la mañana. Navegamos de noche por el Río de la Plata. Es hermoso atravesar por el río con una noche cubierta de estrellas como nos tocó.

En Montevideo recorrimos los muelles buscando embarque, no pudimos conseguir nada. Cambiamos un poco de dinero uruguayo por cruzeiros brasileros y sacamos dos pasajes en colectivo con destino a Porto Alegre, donde llegamos después

de un viaje de 7 horas, pasando por el Chuic, así se llama la ciudad, que viene a unir Uruguay con el Brasil por medio de una ancha avenida donde de un lado es Uruguay, del otro, o sea enfrente, es Brasil. Cruzamos la ciudad de Pelotas y llegamos a mediodía a Porto Alegre, una ciudad puerto muy bonita, rodeada de cerros. Hacía calor muy húmedo, alquilamos un cuarto en una casa de inquilinato donde no podíamos dormir por el calor. A la mañana fuimos al puerto y solamente había buques pesqueros, no buques de ultramar como queríamos procurar nosotros. En el muelle conocimos a un marinero retirado que nos dijo que fuéramos al puerto de Río Grande do Sul, que queda al norte de Porto Alegre, allí fuimos en colectivo, ya nos quedaba poco dinero.

Río Grande do Sul es una ciudad típica, de construcciones coloniales y calles empedradas. Alquilamos una habitación en un albergue inquilinato cuyo dueño era un anciano uruguayo. La comida en Brasil es muy barata, por eso hacíamos aguantar la plata. Recorriamos los muelles pero no podíamos conseguir nada, hasta que en un tugurio “dancing”, de los muelles de Río Grande, conocimos a un Oficial “Hindú” de un barco con bandera panameña que estaba hace muchos días cargando chatarra (metales) para puertos del Japón. Tomamos unas caipirinhas (vodka con jugo de naranja) y nos hicimos amigos.

Hablaba bastante el español, tenía un turbante, era un tipo alto, delgado, muy parecido el rostro al actor Omar Sharif. Las garotas del boliche enloquecían con la pinta del tipo y él no les daba bola porque charlaba con nosotros. Le dijimos que estábamos buscando trabajo y nos dijo que había dos plazas en cubierta porque habían desertado dos filipinos marineros; bajaron a tierra y no aparecieron más, no se sabe si cayeron al río borrachos y se ahogaron, o qué diablos les pasó. Esa noche

nos fuimos con él del tugurio directo al barco tipo “Liberty” (se le dice así a los barcos que tienen desde la “proa”, la parte de adelante, hasta el centro toda una sola cubierta, quiere decir que no tienen castillo de proa, que comunica la proa con la cubierta bajando escaleras). Era una masa de óxido de viejo, más o menos tendría 180 metros de eslora (largo), el nombre era *Talata*, la tripulación estaba constituida por 25 personas, había hindúes de la parte de Nepal o sea nepaleses, filipinos, dos mexicanos de Veracruz y la Oficialidad Inglesa e hindúes, el Capitán era un Inglés.

Cuando el Oficial amigo nos llevó al camarote del Capitán, éste estaba bastante borracho y al vernos a mi primo y a mí, se empezó a reír a carcajadas. Yo lo miré de reojo a mi primo como diciéndole dónde nos metimos primo. Nos preguntó si sabíamos gobernar con timón, mi primo tenía experiencia porque había sido marinero en el *Nopal Sky*, el buque noruego que les mencioné anteriormente. Yo no sabía timón porque había navegado en Máquinas, pero igual le dije que sabía; el muy turro seguía riéndose, pero parecía buena persona a pesar de la curda que tenía. Firmamos un contrato de ajuste con un sueldo de 65 libras esterlinas, no era mucha plata. Nos dieron un camarote juntos, con mi primo. Abrí el cajón de una cómoda para ordenar y guardar mi ropa y éste estaba lleno de cucarachas, era un asco ver eso.

Al rato, vino a buscarnos el contraestre, un polaco grandote que no se le entendía un



carajo, porque ni inglés sabía hablar, suerte que había un mexicano que nos traducía. Teníamos que empezar a cerrar las tapas de las bodegas porque ya se estaba por terminar de cargar el buque, un laburo infernal cerrar esas tapas porque estaban oxidadas y podridas. Luego hubo que manguerear toda la cubierta y el casillaje, por la mugre que había quedado de la chatarra. El mexicano se llamaba Pedro Hitler Trujillo, tenía el nombre de dos líderes. Nos comentó cuando quedamos tirados en la cubierta, luego de trabajar tanto, que el viaje iba a ser largo y penoso, porque íbamos por el cabo Buena Esperanza para pasar del Océano Atlántico hacia el Océano Indico, y después seguir hacia el Noreste hasta el Estrecho de Malaca y navegar por el Mar de la China hasta llegar al puerto de Kobe.

El *Talata* era lerdo, solamente 10 a 12 nudos por hora, y encima había que hacer timón a mano porque el automático no funcionaba. Tuve suerte que la guardia en el puente me tocara con mi primo, hacíamos una hora de timón cada uno. La rueda del timón era bastante grande con cabillas que son para agarrar y mover la rueda de una banda a la otra, o sea babor izquierda y estribor derecha. El viaje por lo calculado era de 70 a 80 días hasta Japón. Fue un viaje tétrico, tuvimos 3 incendios en sala de Máquinas y otro principio en una bodega, suerte que los extinguidores funcionaban. Cuando entramos a Cape Town para hacer combustible estuvimos 8 horas. Al salir hasta la entrada del Cabo Buena Esperanza, nos agarró un temporal terrible y, al Cabo, lo cruzamos con mal tiempo. Íbamos navegando cerca de la costa africana e íbamos dejando por estribor la isla de Madagascar y San Mauricio y la costa de Mozambique por babor.

Después entramos por el Estrecho de Malaca, zona de piratas y filibusteros modernos pero, a nosotros, qué nos iban a

robar, si al *Talata* daba lástima verlo atravesando el Estrecho, lleno de barcos súper modernos, y hermosos, y ferrys sofisticados que pasaban carga y pasaje de Sumatra a Singapore y otras islas.

Al fin llegamos a Kobe, luego de casi dos meses y medio de una travesía penosa. Nuestro cocinero era egipcio y nos servía la comida con las manos, casi todos los días cordero y lentejas. Comíamos observando las cucarachas por todos lados. Nos quedamos sin agua dulce 15 días antes de llegar y pudimos cargar en Malaca, gracias a Dios. En Japón (Kobe) estuvimos como 7 días. Fuimos al Consulado Argentino, a Tokio, en un tren bala, tardamos 20 minutos en llegar y le contamos al Cónsul el peligro que era navegar en ese barco y que no contaba con las mínimas normas de seguridad e higiene, aparte de lo de las cucarachas. Habló por teléfono a la Police Marítima de Kobe, mandó la fumigación y lo dejó al barco detenido, hasta que no tengan todo en regla. A nosotros nos mandó repatriados, pero no nos manchó los pasaportes.

la Reina de la Banana

Me encontraba en Ingeniero White con mis padres, cuando recibí un telegrama de la Agencia Martín, representantes de la Empresa Rederiet y Lauritzen, en este puerto. Tenía que presentarme en el Buque *Chilean Reefer*, de bandera Danesa, que se encontraba fondeado frente al Puerto de Mar del Plata esperando que yo embarcara para seguir viaje a Valparaíso, Chile, con un cargamento de papas en bolsa. Me esperaba una lancha en el muelle y me llevó a la nave. Embarqué como Motorman, había un ecuatoriano como motorman, de nombre Walter Andrade. Navegamos hacia Valparaíso, cruzamos por los

canales fueguinos chilenos y por el Golfo de Pena, que siempre estaba encabritado con grandes vientos y marejadas. Esa tormenta nos demoró unos días en el puerto. Pensaban que nos habíamos ido a pique. Valparaíso es un puerto típico y pintoresco, con sus bares para marinos y marisqueras, está rodeado de cerros. Me acuerdo el nombre de los bares, el Yako Bar, el New York Hotel, el Black and White (Blanco y negro), el Black Cat (Gato negro) y otros, conocí el Casino de Viña del Mar, hicimos 4 viajes desde Mar del Plata a Valparaíso, llevando papas de Balcarce.

De Valparaíso salimos rumbo a Ecuador, a un puerto que se llama Puerto Bolívar, a cargar bananas, marca “Dolca” con destino al puerto de Yokohama (Japón). Puerto Bolívar es un puerto selvático de la Amazonia ecuatorial, pertenece a la provincia del Oro, cuya ciudad principal se llama Machala. Nos invitó un feudal Dinamarqués a toda la tripulación del buque, donde teníamos embarcadas algunas mujeres, esposas de Oficiales, y meseras. Se celebraba la fiesta del plátano y elegían a la reina. Las mesas estaban armadas en un gran galpón, que estaba dentro de un parque de diversiones. Tuve la satisfacción de bailar con la reina. Salimos de Puerto Bolívar, hacia Japón, se embarcó otro ecuatoriano, de nombre Roberto como Donki Man en la sala de máquinas, la cual estaban pintando.

Navegamos por el Pacífico, con buen tiempo, dejamos la isla Volcánica de Hawai, Honolulu, por estribor, y a los 20 y pico de días, llegamos al puerto de Yokohama, yo ya era la segunda vez que iba a Japón en Yokohama. Descargamos los plátanos. Aproveché la estadía para ir a una barbería a rasurarme y cortarme el pelo, era una mujer la que me atendió. Luego fuimos a un restaurante, con Walter, el ecuatoriano, pedí arroz

con pollo, y me trajeron los tradicionales palitos. Me resultó imposible comer con los palitos, y les pedí por favor una cuchara, no entendían lo que les pedía. Al rato me trajeron una cuchara de madera tipo espátula, para que pueda comer y se mataban de risa. Más tarde, en un bar del Barrio Chino, en un bar cuyo nombre era Club My Friend, canté algunos tangos de mi repertorio. No soy cantor, pero me gusta interpretar tangos, les agradó mucho a los concurrentes. De Yokohama navegamos hacia el puerto de Kobe y, en la navegación, empecé a sentir malestares estomacales, acompañados con ardor de estómago y vómitos. En Kobe pedí ver al médico.

Kobe es una ciudad puerto rodeada de cerros, muy pintoresca. Fuimos algunos marineros y yo al médico. Nos llevaron en coche de la Agencia Marítima que atendía el buque, cuando tocó mi turno, el médico me hizo sacar una radiografía (seriada gastroduodenal). Me dijo que tenía gastritis y me dio pastillas, que tenía que tomar cada 8 horas, y un reporter médico para el cocinero del barco con las comidas que podía comer. En Kobe fui un sábado a bailar a un club que se llamaba el Belle Club, lógicamente no podía tomar alcohol. Cargamos camionetas “Toyota”, con destino a San Pedro, California (viene a ser la terminal marítima de Los Ángeles).

Cuando me enteré que íbamos a San Pedro, me acordé que allí vivía un amigo mío, de apellido Caserma, que tiene sus hermanos en White, uno de ellos es dueño de una famosa “pescadería”. A mi amigo lo llamábamos cuando éramos chicos “Pury”, jugábamos al Babi fútbol, en la cancha de Comercial. Urgente le escribí una carta a mi amigo Jorge Luis “Pastilla” Rodríguez, para que me consiga la dirección y me la mande a California. Bueno, cargamos el barco con las camionetas, en bodega, y también en la cubierta y salimos a cruzar el Pacífico

de oeste a este, rumbo a la costa californiana. Yo no me sentía bien, y a medida que pasaban los días me iba debilitando, me costaba subir las escaleras de la sala de máquinas a la cubierta. Me llevaron al Jefe de Máquinas, y este me dijo que me quedara en el camarote, descansando y tomando la medicación, y haciendo el régimen que me había recetado el médico.

con Caserma en California

Por suerte nos tocó buen tiempo. El Pacífico le hizo honor a su nombre, solamente a veces un poco de mar de fondo. A la altura de Honolulu, sintonicé, por radio, unos tangos cantados por el Polaco Goyeneche, del cual soy admirador, qué lindo es escuchar un tango cuando se está lejos de la patria. Bueno, al fin llegamos de noche al Puerto de San Pedro, en California. Llegó el correo a bordo y recibí la carta de Pastilla Rodríguez, con el teléfono de Pury Caserma. Llamé por teléfono, de tierra, y me atendió la señora, que habla italiano, porque es italiana. Me dijo que Pury estaba trabajando y que le iba a avisar para que viniese al barco. En cambio, al rato, vino a verme el Cholo Andreanelli, que es cuñado de Pury, también era de White, pero yo no lo conocía. Me dijo que Pury iba a venir a buscarme para llevarme a la casa a cenar. A Cholo le regalé un velador con una muñeca “Geisha”, que giraba al compás de la música, venía a ser un velador caja de música, y unos palillos japoneses. El velador se lo tuvo que atar a la pierna para que no lo requiese la Policía Marítima. Luego vino Pury a buscarme y me llevó a su casa.

San Pedro tiene cerros y Pury vive en un barrio arriba de los cerros. De la casa de él se ve el puerto, en la Bahía. La Bahía tiene un puente que es parecido al de San Francisco, que se

llama Golden Gate y al frente está la famosa prisión Isla de Alcatraz, donde estuvo preso el tristemente célebre Al Capone. Cené en casa de Pury, con la esposa de éste y un bebé que estaba en la cuna de dos o tres meses de vida, me mostró el álbum de casamiento. Él se llama Benito Caserma, y allí lo llaman Beny y tiene un negocio, en un supermercado. Bueno, en resumen me trataron muy bien, luego Benito me llevó a la ciudad de Los Ángeles, y me dejó porque él tenía que madrugar para ir a trabajar. Fui a un Club a presenciar al cantante Harry Belafonte, luego me tomé un taxi y volví al barco.

Al otro día Cholo Andreanelli me fue a buscar y me invitó a cenar un asadito a la parrilla, más bien era pollo y choricitos porque carne no pudo conseguir, me regalaron el retrato de la virgencita de Ischia y me dieron un paquete con camisones (con una tarjetita) bordados a mano por la señora de Cholo, uno para cada una de las parientas que hay en White. Me despedí de todos y volví al buque, que tenía como destino Puerto Bolívar, en Ecuador. Cargamos combustible en Whilmington, un muelle petrolero frente a San Pedro, y zarpamos rumbo al Ecuador. Yo no me sentía bien, le dije al Jefe de Máquinas que en P. Bolívar, quería volver al médico.

música ciudadana comprada en Japón

Amarramos en el viejo muelle de madera de Puerto Bolívar, Estado de la Provincia Del Oro, cuya ciudad principal se llama Machala, por eso le dicen Machala Del Oro.

Conocí en el primer viaje a un argentino, que se llama Aldo Luis Cicone, él vive en Machala, está casado con una

ecuatoriana. Luis era marino, de “*Lemon Cores*”, un barco israelí frigorífico que cargaba plátanos en Puerto Bolívar con destino al Japón. Hacía la misma línea que hacíamos nosotros. Si tenía tiempo, lo iba a visitar.

Bueno, fui al médico de Puerto Bolívar, y este carecía de instrumental para hacerme los estudios, y me derivó a Guayaquil, a la clínica Parker, que el dueño es un médico con ese apellido. Desembarqué con parte de enfermo, y con mi equipaje bajé embalado correctamente un tocadiscos tipo Wincofon antiguo, marca Sanyo, con dos bafles, que compré en Yokohama, Japón. Navegué toda la noche en un ferry atestado de pasajeros y animales por el río Guayas, bordeado por selvas, hacia Guayaquil (ciudad que llaman la perla del Pacífico).

Llegué a la mañana. En el ferry, la gente dormía en hamacas (tipo paraguayas) en la cubierta, el calor era insoportable, ya que estábamos en pleno trópico, la camisa se te pegaba a la piel, por la transpiración del cuerpo y la humedad. Esos ferry suelen tener graves accidentes, porque van con exceso de carga y pasaje, y fallecen cientos de personas.

En Guayaquil, me esperaba una mujer que dijo llamarse María Rosa Carcedo, y era la apoderada de la Agencia Marítima Coleman, que era la que atendía a los buques de la compañía. Ya habían recibido el reporter médico de Puerto Bolívar. Me cargó mis ‘petates’ en su auto, junto con el tocadiscos y los discos, y me llevó hasta la Clínica para internarme y hacerme los estudios pertinentes. La clínica estaba en pleno centro de Guayaquil, en zona de cines y teatros. Guayaquil es una ciudad tipo colonial, con edificios, con balcones antiguos, con rejas y plantas. A tres cuadras de la Clínica Parker está el río Guayas con su largo Malecón, como le

dicen allí, que viene a ser una Costanera larga. Está el monumento de Simón Bolívar y el Gral San Martín abrazándose. Me dieron una habitación en la clínica con ventana a la calle. Se sentía música.

Desembalé el tocadiscos y lo coloqué en una mesa junto al paquete con los camisones. Puse un tango de un bandoneonista que no recuerdo el nombre, que compré en Japón. Era un Long Play grande, de 33 revoluciones. Lo puse bajito, y una enfermera hizo correr la bolilla que yo estaba escuchando tangos. El ecuatoriano es muy amante del tango y sabe todo de Carlos Gardel y de Hugo del Carril. Me apodaron el “Che”.

A la mañana siguiente me llevaron en camilla hasta la sala de rayos para hacerme una sonda gastroduodenal, y al mediodía, más o menos, se me apareció el mismísimo Doctor Parker con las placas en la mano. Era un hombre alto y americano. Yo tenía un poco de temor de tener algo malo, pero el médico me dijo que tenía dos úlceras, una en el píloro y otra en el duodeno, que con un tratamiento de 4 a 6 semanas iba a andar todo bien. En ese instante entra a la habitación una enfermera que me impactó un poco, me traía una jalea con un té con leche. Nos pusimos a charlar y le hice escuchar un poco de música ciudadana. Se llamaba Ruth Noemí Feire y trabajaba de enfermera en la Clínica y vivía en la casa de una amiga, porque la casa de ella estaba en un Pueblo que se llamaba Porto Viejo, y pertenece a la provincia de Manabí, queda a 200 km de Guayaquil.

Con Ruth empezamos a formar una amistad que se convirtió en algo más fuerte a medida que transcurrían los días. A mí me dieron el alta y me fui a vivir al Hotel Comercio que queda frente al Diario El Universo, y cuando Ruth terminaba de

trabajar me iba a buscar y salíamos a pasear por Guayaquil, que tiene mucho movimiento de bares, galerías, tiene el malecón del río Guayas, el casino Atahualpa, que está arriba de la galería del mismo nombre. A la noche íbamos a bailar, los sábados a la noche se escucha el ritmo de las cumbias y rancheras ecuatorianas en todo el centro.

la noche más larga de mi vida

Yo seguí viviendo en Ecuador con Ruth. Nos fuimos a vivir a Porto Viejo, Manabí, a la casa de mi futura suegra, que se llamaba Emperatriz Romero. La casa era tipo choza, hecha con cañas. También vivía un hermanito de Ruth, llamado Bolívar, que tendría 10 años. Doña Emperatriz era muy buena y servicial, un día le dijo a Ruth por qué no lo llevas a Roberto a conocer al tío Clorindo, que explotaba unos cafetales en plena selva amazónica, y vivía allí con su familia. Mi suegra le aclaró a Ruth “traten de salir temprano para llegar de día porque de noche es muy peligroso”. Salimos en un colectivo viejo, con asientos de madera y gente que transportaba aves de corral, patos, gallinas en jaulas atadas al techo del colectivo. Nuestro destino era Santo Domingo de los Colorados, una ciudad amazónica. Le dicen de los “Colorados” porque estos indios en su tiempo eran reducidos de cabezas, y ahora están civilizados y se sacan fotos con algún turista que otro.

Llegamos a las dos horas de viaje por una carretera que está bordeada por la selva. Descendimos de noche porque el colectivo pinchó y hubo que cambiarle una cubierta. Divisamos unas lucecitas, estábamos un poco perdidos, los árboles de la selva tapaban la ruta. Nos encaminamos hacia esa lucecita que veíamos y llegamos. Era una cabaña tipo forraje,

vendían café, porotos, etc. y expendio de cerveza y ron. Estaba habitado por una familia de ese lugar.

Uno de ellos nos quiso acompañar hasta lo del tío Clorindo y empezamos a caminar por un caminito por la selva y presentí que el tipo nos podía robar, tenía un machete y un revólver en su cartuchera, y usaba un sombrero de paja. Se parecía al famoso Juan Valdéz. Yo presentí que, si seguíamos, no íbamos a contar el cuento. Fue cuando le dije que Ruth estaba embarazada y podía tropezar y caerse, porque el caminito tenía muchas ramas y troncos. Le pregunté si podíamos esperar al amanecer en la casa y me dijo si teníamos miedo. Le dije que miedo no teníamos, solamente temía por el embarazo de mi mujer. Bueno, está bien, dijo rumiando y escupiendo al piso, porque los ecuatorianos tienen la costumbre de escupir a cada instante.

En la casa de ellos, de caña por supuesto, pasé la noche más larga de mi vida. Eran 2 tipos con sus esposas y un montón de chicos. Las esposas daba la impresión que les tenían miedo (después me enteré por el tío Clorindo que era frecuente que se atacaran de una familia a otra y se mataran para robarse sus pertenencias). Se salvaron porque me nombraron a mí, dijo Clorindo. Él era un hombre de respeto en la zona. Tuve que cantar tangos para entretenerlos. Ellos nos mostraban fotos de la familia y se la pasaban escupiendo el suelo.

A la madrugada nos llevaron al piso de arriba de esa choza y nos ofrecieron un



camastro con una silla y una vela porque no había luz. Ruth me decía que no durmiera cerca de la pared porque te podían matar desde afuera pasando el machete por entre las cañas. Encima, sentíamos a los tipos que estaban despiertos, medio borrachos y escupiendo. Yo pensaba que en cualquier momento iban a bajar y nos iban a cortar la cabeza a través de las cañas. Empecé a sentir el canto de los pájaros y a ver la claridad del amanecer y me dije: volví a nacer. Fue la noche más larga de mi vida. En el medio de la selva sentimos que viene un sobrinito de Ruth, porque le dijeron que estaba la tía y que nos acompañara hasta lo del tío Clorindo.

Ya de día fuimos tranquilos con el chico. Caminamos bastante por un camino bordeado de plantas de bananas. Primero fuimos a una cabaña de dos pisos, donde estaba el tío Clorindo con su familia. Se pusieron muy contentos de conocerme. Clorindo me mostró sus plantaciones de café, y nos acompañó a otra cabaña, donde vivía la abuela. Ésta estaba pelando chauchas, en cuclillas. Tenía como 90 años.

En los árboles se veían monos tití. Clorindo nos contó que una vez apareció una anaconda (boa) y se comió varios terneros. Después nos acompañaron a la ruta, hasta la abuela vino, nos despedimos y volvimos a tomar el colectivo de regreso, que salía de Santo Domingo. Llegamos a Porto Viejo de noche, a los días fuimos a Guayaquil a visitar a Walter Andrade, el ecuatoriano que navegaba conmigo, porque el *Chilean Reefer* había llegado de Japón y amarrado en Puerto Bolívar. Estuvimos con Walter y nos quedamos unos días viviendo en su casa, en la Avenida S. Martín y la 11 de Guayaquil.

temiendo un terremoto con graves consecuencias

Cuando yo vivía en el Hotel Comercio frecuentaba la pizzería Uruguay, propiedad de un uruguayo que se llamaba Wilde Feola. En el centro, ahí, conocí a varios jugadores de fútbol, del Club Barcelona, que junto con el Emelec son los cuadros grandes del fútbol ecuatoriano. Los jugadores del Club Barcelona hacían las prácticas en horas de la mañana debido al calor tropical, y luego al mediodía iban a la pizzería algunos de ellos. Wilde preparaba parrilladas con carnes argentinas que transportaban los barcos frigoríficos de Elma, nuestra flota, de la cual nos sentíamos orgullosos, porque en cualquier puerto del mundo que uno llegaba observaba alguna chimenea de barco con el ancla azul y un pedazo de grillete de cadena, y el color blanco de la chimenea, que distinguían la presencia de nuestra flota en todos los puertos del mundo.

Teníamos cerca de 46 barcos de los cuales nos sentíamos orgullosos: el *Río Carcarañá*, *Río Belén*, *Río Tercero*, *Lago Trafal*, *Corrientes*, *Río Jáchal*, *Lago Aluminé*, etc. Flota que el presidente Menem desmanteló, vendiéndola o rifándola, mejor dicho, quién sabe a quién, y cambiándole a nuestros buques el pabellón nacional por el panameño, para no pagar un montón de cosas, eludir impuestos, y otras yerbas. Bueno, de los jugadores del Barcelona que iban todas las mañanas a la pizzería de Wilde Feola, me hice bastante amigo del defensor, también uruguayo, que había militado en Peñarol de Montevideo. Se llamaba Edison Saldivia. Él tenía su novia y salíamos juntos con Ruth. Concurriamos al casino Atahualpa, que estaba en el piso de arriba de la galería que lleva el mismo nombre. También íbamos a bailar.

En Guayaquil todas las noches, cerca de la medianoche, se sentían leves temblores y oscilaciones que duraban algunos segundos. Según la gente era algo normal, que no ocasionaba peligro alguno. Me acostumbré a vivir con esos pequeños temblores, hasta que una mañana con Ruth estábamos haciendo unos trámites relacionados con los pasaportes, en el Palacio de la Gobernación, y de pronto empezó a temblar todo el edificio. No eran los temblores de todos los días. La gente empezó a precipitarse hacia la salida que da al malecón sobre el río Guayas. A Ruth la perdí, salí del edificio y observé que los postes que sostenían los cables de alta tensión se movían y algunos cables chisporroteaban.

En eso, escucho la voz de Ruth que me llama “Papi aquí estoy”. Estaba pálida por el susto. La agarré de la mano y nos fuimos caminando por el medio de las calles hasta lo de Wilde. La gente gritaba que podía ser como el sismo que hizo desaparecer un pueblo en el vecino Perú. Se calmó todo. Había durado 15 minutos el temblor. Le dije a Ruth que se venga conmigo a la Argentina si quería, si no me venía yo solo. La verdad temía que hubiese un terremoto con graves consecuencias.

Hablé con Doña Emperatriz para que la deje venir a Ruth a la Argentina, y la pobre tuvo que aceptar. Aparte Ruth era mayor, tenía 27 años y yo 26 años, era un año mayor que yo. Vendí el tocadiscos y sacamos dos pasajes en la Empresa Tepsa Internacional. Nos tocaron los asientos 26 y 27 sobre la derecha. Nos despedimos de nuestros amigos, fueron el papá y las hermanas de Walter Andrade, Edison Saldivia y otros jugadores. De Wilde nos despedimos en la Pizzería. En total yo llevaba viviendo en Guayaquil como 5 meses.

de Guayaquil a Ingeniero White en colectivo

El colectivo salió de Guayaquil rumbo a la frontera con Perú, pasamos por un pueblo que se llama Huaquillas, está en la frontera con Perú del lado de Ecuador. Allí nos sellaron los pasaportes y nos dieron la salida del Ecuador. Entramos a Tumbes, del lado peruano. En esa ciudad pasamos la noche en un hotel y aprovechamos para conocer la ciudad y tomar cerveza bajo unas galerías, frente a la playa de Tumbes. Había fiesta en las calles. No recuerdo bien qué era lo que festejaban. A la mañana siguiente seguimos viaje cerca de la costa del Pacífico. Llegamos a la ciudad de Lima Capital. En el colectivo viajaba un matrimonio chileno que vivía en Arica, Chile, y unas mujeres uruguayas de vida airada que fueron a probar suerte en su profesión en los burdeles de Ecuador y Perú. En Lima se cambió de colectivo y choferes, seguimos viaje y llegamos a Tacna, otra ciudad de Perú. El oro y la plata se vendían muy baratos, yo le compré un medallón de plata con cadena a mi madre.

Llegamos a Arica, ciudad chilena con unas playas hermosas, bañadas por el océano Pacífico. El matrimonio chileno nos invitó a su casa ya que el micro no salía hasta la mañana siguiente. En la casa de ese matrimonio nos presentaron a su familia y nos invitaron a tomar el famoso Ponche, una bebida alcohólica que se vierte en una olla y se sirve con un cucharón. Es a base de ñaco, Pisco, jugo de naranja, etc. Fuimos a pasar el día a la playa, a la otra mañana proseguimos viaje rumbo a Antofagasta, otra ciudad de Chile, y luego hacia Santiago, atravesando varios pueblos (Chacalluta, Portillo y otros). En Santiago, la Capital, concluyó el viaje desde Guayaquil por la

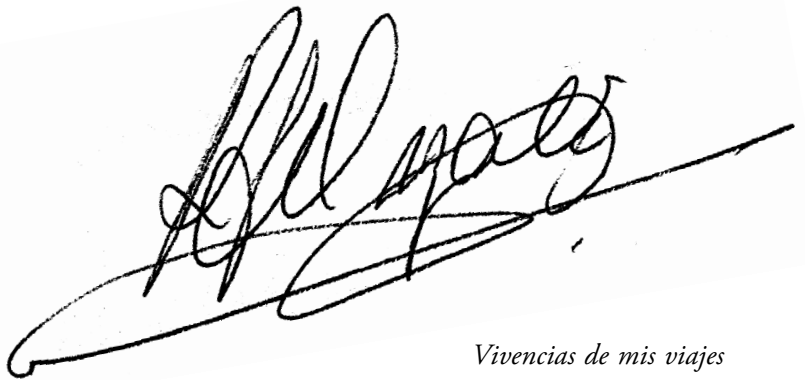
Empresa Tepsa. Al otro día teníamos que cruzar la cordillera de los Andes en unas combis que le llaman la liebre, con motoristas chilenos. Hicimos noche en la casa de unos chilenos que nos hicimos amigos en el micro. Nos llevamos un recuerdo de los chilenos por su solidaridad.

El cruce de la cordillera fue algo glorioso e impactante, por sus cumbres nevadas y sus precipicios, bajadas y subidas. Los motoristas tenían una habilidad en el manejo, porque eran caminos angostos, bordeados por precipicios que daban temor y vértigo mirar hacia abajo. Llegamos a Mendoza y al otro día viajamos a Buenos Aires en la Empresa TAC. En Buenos Aires pasamos por la oficina que la Empresa tiene en calle Reconquista 575 y me pagaron las vacaciones, más unos meses por enfermedad. Luego viajamos con Ruth a B. Blanca, y de allí a Ingeniero White, a la casa de mis padres. Allí mi viejo me puso los puntos, a mí y a Ruth: *si ustedes se quieren, se casan y punto, si quieren vivir con nosotros*. Y así lo hicimos, a los pocos días nos casamos.

Mi matrimonio con Ruth duró dos años, al año la mandé al Ecuador a ver a su madre. Yo la fui a buscar y me quedé 20 días en Manabí, Porto Viejo. Conocí las playas de Manta, donde está una Base Naval, fuimos a pasar el día con mi suegra y Bolívar, el sobrino. Conocí al cónsul argentino en la embajada de Guayaquil. Me dijo que él pronunció unas palabras en la tumba de mi tío abuelo, que fue obispo en la ciudad de San Luis, San Juan y Mendoza. Le decían El Buen Pastor de Cuyo, fue un obispo muy querido, hay instituciones, escuelas y calles con su nombre. Fue capellán en unos de los viajes que hizo por el mundo la gloriosa fragata Sarmiento. Volvimos a Buenos Aires por APSA, Aerolíneas Peruanas, y al

año nos separamos de común acuerdo, ya que yo no quería vivir en Guayaquil, Ecuador, es muy pobre, y muy difícil tener progreso. Así terminó esta historia con Ruth, llena de emociones, peligros y heroicos acontecimientos.

No pudo ser, a pesar del amor que nos profesábamos.

A large, stylized handwritten signature in black ink, appearing to read 'Ruth' followed by a surname, with a long horizontal flourish underneath.

Vivencias de mis viajes

cartas y postales

30/9/68

*En navegación
queridos padres:*

Espero que cuando reciban esta, se encuentren los dos bien, y mamá siga con el tratamiento. Mañana a las 2 de la tarde fondeamos en la Bahía de Valparaíso para cargar agua, hace unos días nos quedamos con poco agua. Al Perú llegamos el Sábado que viene, hasta ahora tuvimos un tiempo muy bueno; y mas tranquilo, la travesia por los Canales Fueguinos, fue algo maravilloso, nunca en mi vida vi algo tan hermoso como esa naturaleza, algo que no lo puedo contar, sino es personalmente. El Drum Dum Bay camina un poco lento, 12 nudos por hora, pero es seguro.

Cada día que pasa hace mas calor; en estos momentos son las 9 de la noche, el Pacífico esta sereno y la noche es preciosa, navegamos cerca de la costa chilena. Posiblemente volvamos a cargar a White o Necochea dentro de 25 días. Yo pienso que en ves de girarles plata mejor es que les de yo cuando vuelva, en el Callao vamos a estar unos cuantos días porque creo hay que hacer una reparación en Máquinas el sueldo mío y de Pinda son 64.500 \$ por mes a partir del día que salimos, o sea el 15 de septiembre, no esta mal, no se hagan problema de plata que yo les voy a llevar, asi cubro los gastos de mamá y los remedios que necesitan, les voy a pagar todo yo.

Escribame. Del Perú les vuelvo a escribir y les doy la dirección mia porque hasta ahora ignoramos la dirección de la agencia en el Perú.

Cuidense

Hasta pronto

Roberto

Saludo del Uruguayo y Pinda

Los quiere mucho

BRASIL TURÍSTICO

45 - Porto Alegre - R.G.S.
Vista parcial do centro da cidade.
Partial View of the city.

CARTÃO POSTAL

15/6/68

Querido papoches,

Lúcia, para decidir que estorno fazer,

especialmente em barcos em Rio Grande um porto
que entrar em chás bragues, por exemplo, no
se faz um problema que aca em Brasil -

toos es brato, 7 mir uns brin, estoles

quidense em chás, que se faz um problema

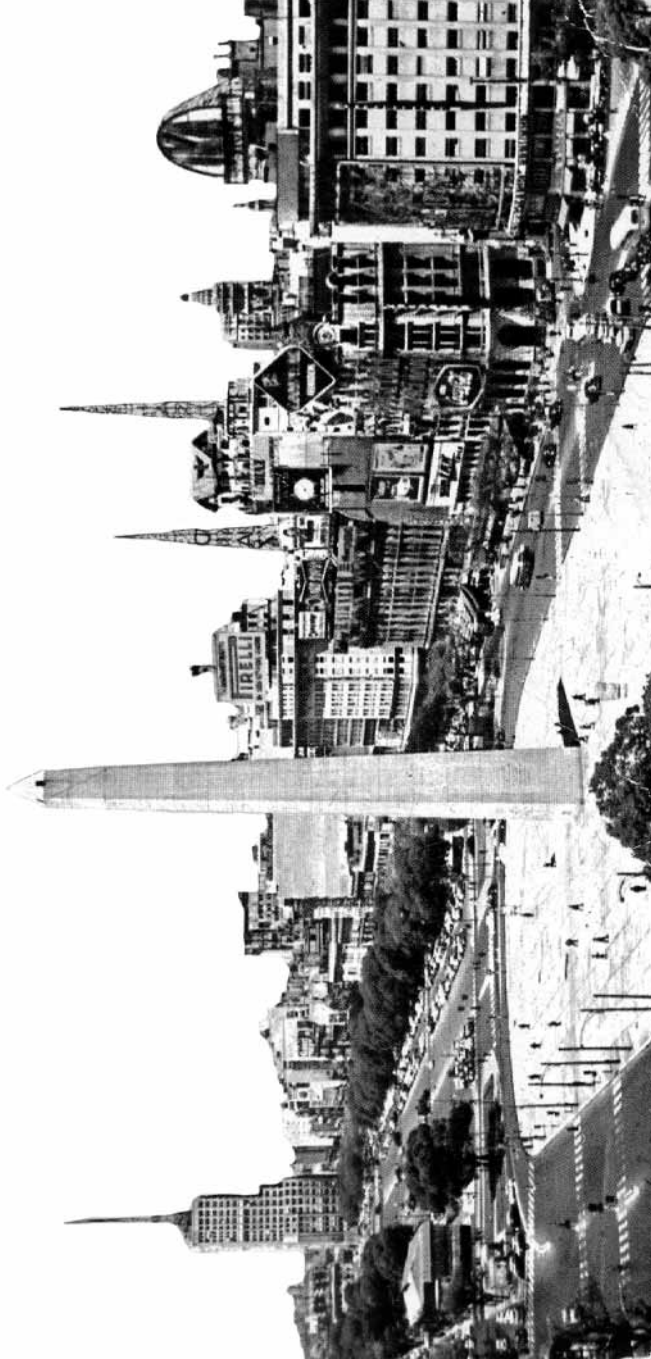
no resortes, cuantos em las quierens

me ho a escribi con un chespeire

(Sela a Glady) Hasta pronto

7
Dulce

• mercator • printed in Brazil by Gráficas Brunner Ltda.
gráficas - editores - c.p. 21029 - São Paulo 17



Buenos Aires, Av- 9 de Julio, Plaza de la República, el Obelisco y vista hacia el sur.

BIENOS AIRES

Plaza de la República - Obelisco
Obelisk on 9th of July Avenue

357

Buenos Aires 20 junio 1967
Al gran Amigo Roberto:

Como podran notar te escribo estas lineas desde la Capital. Esperando que al recibirles te encuentres bien y al mismo tiempo operando Amelios deberian ir a algun viaje para Bahia, donde hay piratas hay que como podran apreciar. Hay grandes del mundo (mujeres y niños) a los piratas de los mares (Chacar y Santillan). Buenos

Producción prohibida

Imprenta Argentina

2. LA TIERRA DONDE CAMINÓ JESÚS

veinticinco días en Bari

Me encontraba en el puerto de White, recorriendo los sitios en la bicicleta de mi padre, una Raleigh inglesa antigua. En ese tiempo se podía ingresar a los diferentes sitios porque había mucho trabajo; en la actualidad no te dejan pasar más. En el sitio 3 y 4 del elevador viejo de chapas y galerías se encontraba cargando maíz un buque viejo, tipo Victory, así los llaman.

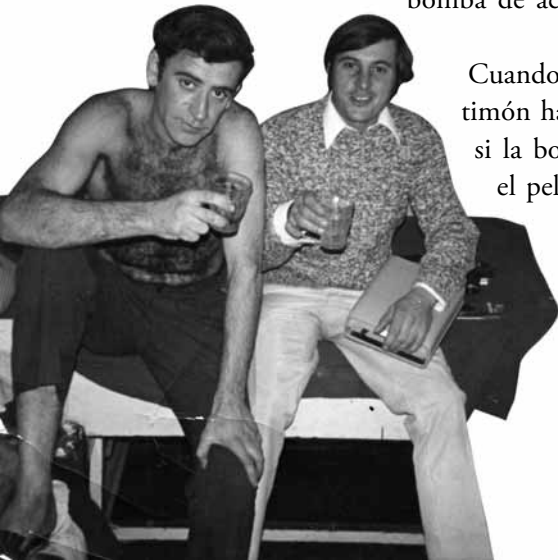
Tenía una arboladura de 18 plumas (plumas son vigas que se maniobran con los guinches, con sistema de cables que servían para subir y bajar pesos, de carga pesada). En el muelle estaba el contraatastare acomodando la planchada con algunos marineros. Le pregunté si necesitaba algún marinero, y quiso saber si tenía la libreta de embarco o el pasaporte. Le dije que sí, ya que los traía conmigo, y me llevó a hablar con el Capitán, que estaba por desembarcar, esperando su relevo. El barco traía la bandera panameña y pertenecía a la Compañía Botachi, con asiento en Buenos Aires. El sueldo estaba fijado en dólares. El Capitán caminó un poco conmigo por la cubierta, el barco era una mugre, muy pesado para el trabajo de marinero, ya que tenía bodegas con encerados (lonas), bines, que son estructuras de acero adonde van colocadas las tapas de madera que se llaman “cuarteles”. Esos hierros había que correrlos a mazazos. Muy pesado el laburo,

Roberto Orzali en la cubierta del *Tropero* transportando fertilizantes hacia Uruguay.



encima en la travesía había que gobernar el timón a mano ya que estaba el automático averiado, y no se pudo arreglar porque el barco salía en la mañana para el puerto de Bari en Italia. El Capitán me encargó a otro marinero y lo llevé a un amigo mío que se llama Oscar Panizzi, “El Pano”.

Salimos a la mañana siguiente, bien temprano. A mí me tocó hacer la maniobra de proa y a Oscar la de popa, son maniobras para tomar el remolque, y luego cuando los remolcadores nos sacan y nos dan vuelta, o sea nos ponen en posición de navegar para salir por el canal se largan los cabos de los remolcadores. Tardamos 26 días en llegar a Bari, el océano Atlántico nos trató bastante mal, tuvimos varias tormentas y mar de fondo. Cuando en Bari abrimos las bodegas 1 y 2 descubrimos que el maíz echaba bastante olor a podrido. Resultó que por las tormentas se fisuró el pique de proa, que viene a ser un tanque que tenemos en proa para llevar el agua potable, y por esa fisura iba filtrándose agua de mar en las bodegas. En navegación tratamos de obturar ese rumbo con cemento pero no pudimos por el mal tiempo, no nos quedó otro medio que ir achicando el agua que ingresaba, con una bomba de achique bastante precaria.



Cuando hacíamos la guardia de timón había que ir a la proa, para ver si la bomba funcionaba, corriendo el peligro que un golpe de mar nos hiciera desaparecer.

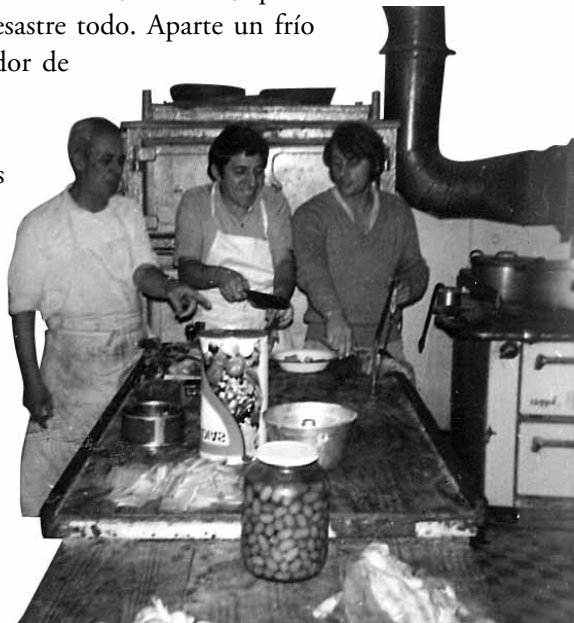
Bari, Italia, Puerto de Morfetta.
Junto a Oscar Panizzi en el camarote del *Tropero*.

En Bari hubo problemas con los que reciben la carga, luego que intervino la Justicia se aceptó descargarla. Agarramos la huelga de estibadores, y entre dimes y diretes, estuvimos 25 días en Bari, una hermosa ciudad bañada por el Adriático. Los muchos cines y teatros y mucho frío, todas las noches cenábamos en trattorias, pasta, pescados, con buenos vinos, luego íbamos al cine y después a bordo. En Italia, a las 23 horas, cierran los lugares nocturnos y no hay más vida nocturna, salvo los lugares con la luz roja, que son los burdeles, que atienden las putas.

Nos hicimos amigos de un estibador que se llamaba Nicola. Tenía una motoneta con cúpula, salimos del puerto con él, y nos dejó en una trattoria restaurant, nos dijo que lo esperáramos allí, que nos iba a venir a buscar para ver un partido de fútbol entre los equipos de Bari y Perugia, en la cancha de Bari. Era una final. Nos vimos el partido. Salió 1 a 1, malísimo, pelota que agarraban pelota que pateaban, no habían gambetas, nada, es muy diferente el fútbol europeo al nuestro, en el Bari jugaba un brasilero, adelante, que pesaba como 90 kilos, un desastre todo. Aparte un frío bárbaro, no había un vendedor de café, nada.

En las canchas argentinas te venden choripanes, café, gaseosas, de todo. Aparte se juega mejor al fútbol.

Oscar Panizzi, Paco y El Gallego Caneda en la cocina del *Tropero*.



un cinzano bajo los bombarderos

Nos llegó la orden de ir a cargar fertilizantes a Israel, al puerto de Ashdod en el Mediterráneo, así que tuvimos que limpiar a full las bodegas que estaban con restos de maíz podrido. Trabajamos como negros sacando el maíz podrido y vaciando en contenedores que había en el muelle. Lo cargábamos con palas a los chinguillos que son lonas, que se usan con las plumas y se descargan en los contenedores del muelle. Tardamos 7 días en llegar al puerto de Ashdod, fondeamos frente al puerto y tuvimos un incendio, en la sala de máquinas se prendieron fuego sentinas y mamparas, por la mugre que había. Lo apagamos y el Capitán nos organizó una

picada, con Cinzano y Gancia. Los aviones de carga israelíes pasaban rozando los palos del barco a buscar bombas, para luego descargarlas a los palestinos,

nosotros estábamos cerca de la franja de Gaza, inclusive de la frontera con Egipto. Cobrábamos un viático en dólares por estar en zona de conflicto bélico, pero allí están acostumbrados.

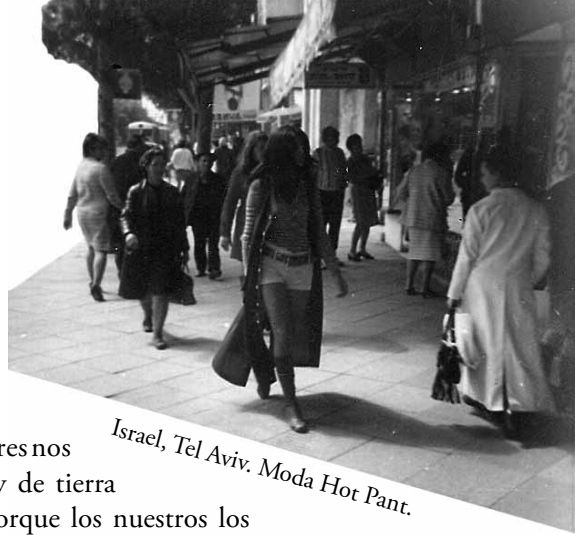
Con Oscar fuimos a Tel Aviv, luego a Jerusalén, en un taxi. Está a una hora de viaje, conocimos el Monte de los Olivos, el Muro de los

Lamentos, Mezquita de Oro, está levantada donde Jesús se arrodilló cansado por el peso de la cruz, después lo mataron en el Monte de los Calvarios, donde Mahoma fue arrebatado por un ángel.



Israel, Tel Aviv.

Bueno, conocimos la tierra donde caminó Jesús. Fui tres veces a Tel Aviv. En Ashdod, soportamos un terrible temporal estando amarrados, nos quedamos sin cabos, porque se reventaban; tres remolcadores nos empujaban hacia el muelle y de tierra nos tiraban cabos nuevos, porque los nuestros los habíamos roto. A Oscar, un cable que habíamos puesto de repuesto le lastimó la rodilla. Bueno, al final se calmó la tormenta y salimos, cargando los fertilizantes, hacia Montevideo.



Israel, Tel Aviv. Moda Hot Pant.

Navegamos por el Mediterráneo, rumbo a Sicilia, a un puerto que se llama Augusto, para cargar combustible. Del puerto se observaba el famoso volcán Etna. Salíamos de Sicilia, con un mar de fondo terrible, con Oscar estábamos trincando (sujetando) las trojas de madera que teníamos en cubierta y casi nos barre el mar. Tuvimos que aferrarnos a un chinguillo y sujetarnos para no desaparecer, luego tuvimos otro incendio, en máquinas y gracias a Dios, lo pudimos apagar. Muy viejo era el *Tropero*, así se llamaba el barco. Al fin llegamos a Montevideo, luego de treinta y tres días de viaje, y luego fuimos al puerto de Bs. Aires. Nos desembarcamos, porque era arriesgar la vida en demasía navegar en el *Tropero*.

Comiendo un asado en la cubierta del *Tropero* rumbo a Uruguay.



Leo Dan en Punta Arenas

Paso a relatar otro viaje que hicimos con mi primo, Jorge Horacio Siepe (Pinda le decíamos de sobrenombre, porque cuando era chico le gustaba tomar el jugo de marca Pindapoy). Mi primo Pinda falleció a los 55 años víctima de un ataque cardíaco. Embarcamos como marineros en un barco nuevo que cargaba cereal con destino a puertos de Chile, tenía 180 metros de eslora, bandera griega. Se llamaba *Rosario*, la tripulación estaba compuesta por griegos, dos españoles, un uruguayo que trabajaba en Máquinas (le decíamos Gorila, por lo grandote), era de la localidad de Fray Bentos. A uno de los españoles que estaba en cubierta con nosotros le decíamos Fariña, muy buen muchacho, y uno de los marineros griegos se llamaba Teodoro, le decíamos Teo. Y el otro Yani, con este último salimos a bailar, yo con mi actual señora, Manina, y Yani con una amiga nuestra. Aparte, estuvo en casa cenando con mis padres.

Salimos a navegar del sitio 5 y 6 del elevador viejo, cargados con trigo, rumbo al puerto de Punta Arenas. Navegamos por el Atlántico Sur, rumbo a los canales fueguinos chilenos. Navegar por esos canales es algo indescriptible por la belleza de las montañas con sus picos nevados y su exuberante vegetación, un regalo para la vida y para el alma.

Con Pinda hacíamos guardia juntos en el puente, 4 horas de día y otras 4 a la noche, y de día trabajábamos 4 horas en la cubierta, en total 12 horas.

En los canales fueguinos del lado chileno embarcamos a un práctico de ese país. Estábamos saliendo de los canales para entrar al golfo de Pence, se veía todo el horizonte gris y lluvioso, y el práctico nos dio la orden de buscar un reparo para

fondear las anclas porque el golfo estaba con malas condiciones meteorológicas y tormentas. Buscamos un fondeadero entre las montañas que tuviera bastante profundidad, y a esperar que el golfo se tranquilice para poder navegarlo. Como no llegábamos a Punta Arenas la gente del puerto pensaba que nos había pasado algo. En el periódico chileno salió en la portada Granelero *Rosario* capea temporal en Bahía Tribuna. Nos demoramos unos días en llegar a Punta Arenas, cuando arribamos hacía un frío terrible, aparte nevaba. Nos encontramos con el problema que para descargar el cereal teníamos que atracar al muelle cuando había marea, y largar amarras y fondear afuera. Cuando bajaba la marea, bajaba tanto que quedaba nada más que el barro abajo del muelle. Todos los días teníamos que hacer esa maniobra para poder descargar.

En el buque había un muchacho de Punta Alta, como marinero, me había olvidado de nombrarlo, de apellido García. Pinda le decía “El García”, no sé por qué se le ocurrió llamarlo así. Éste tocaba bastante bien la guitarra y cantaba, sobre todo el repertorio de Leo Dan. Punta Arenas es una ciudad que se asemeja a Suiza, rodeada de cerros nevados, chalets y casas tipo europeas, y las calles nevadas. Con Pinda y García, también con el gallego Fariña, El Gorila, Teodoro y Yani, bajábamos a bailar, comer, el ir al cine nos gustaba, ir a los restaurant, a comer centollas con mayonesa y vino tinto o blanco, comer sopa de erizo y mariscos. Había una confitería que se llamaba Black and White, que significa Blanco y Negro. En esa confitería lo hicimos cantar a García y la gente habitué del lugar lo aplaudió. Entonces el dueño lo contrató para que cante un domingo, García aceptó.

Las emisoras radiales lo anunciaron, un argentino, tripulante del granelero *Rosario* iba a cantar canciones del

repertorio de Leo Dan, el cantor de Santiago del Estero. El Capitán dio la orden de que García no trabaje hasta el día de la actuación. Con Pinda lo cuidábamos, le dábamos yema de huevo batida y le hacíamos hacer gárgaras para que tenga buena voz. El boludo se creía todo. Llegó el domingo y el Black and White estaba hasta el tope de gente. El dueño puso micrófonos y bafles. Nos sentamos en una mesa Pinda, García y yo. García, por supuesto, con la guitarra y el poncho santiagueño, negro con vivos blancos, parecía Leo Dan en serio. Empezó a caer la tripulación del *Rosario*. El jefe de máquinas, la mujer y el hijo eran tres obesos por demás, Pinda me dijo cuando los vio entrar: ahí llegan Guruní, Guruna y Gurunaqui, que significa en el idioma griego Chanco, Chancha y Chanchito. Luego llegaron el Capitán, oficiales, y marineros en general.

Cuando García vio que el local estaba lleno y había entrado casi toda la tripulación del *Rosario* dijo: muchachos, voy a templar, me parece. El Pinda del ataque de risa que le dio se cayó de la silla. Así empezó el show. Yo me levanté, probé el micrófono y como representante lo anuncié, y arrancó cantando la canción “Santiago Querido” y “Mi viejo” de Piero. A la gente le gustó mucho, al final García cobró y nos tiró unos pesos a Pinda y a mí, ya que hicimos de apoderados artísticos.

Los Iracundos en Puerto Montt

Salimos para Puerto Montt, luego de haber estado como diez días en Punta Arenas. Habíamos navegado dos o tres días hasta Puerto Montt, nos mandaron a un hotel porque al barco lo iban a fumigar. Estuvimos dos días en el hotel. Frente al puerto hay una isla que se llama San Angelo, y vienen sus

lugareños, en sus botes, trayendo mercadería y animales para vender o truequear, como lanchas pesqueras, marisqueras, que vienen repletas de pescado y mariscos. Con Pinda fuimos a la Confitería del Hotel Montt, frente al río, allí nos enteramos que se hospedó Fidel Castro, en una visita que hizo a la ciudad. Estuvimos como 25 días en ese puerto, me acordaba de la canción de Los Iracundos (sentado junto al mar mil besos yo le dí). El tiempo era generalmente lluvioso.

Salimos rumbo a San Nicolás, un puerto del Perú, a cargar minerales para los puertos de Veracruz y Tampico, en México. San Nicolás es un puerto desértico. Cuando atracamos había mucho viento, es un puerto de mar abierto. Yo había bajado en una lancha cuando estábamos fondeados, y me llevó una camioneta hasta un pueblo en el desierto. Me llamó la atención un cartel en la puerta de una taberna que decía “prohibido vender cervezas a marineros”. Mi meta era conseguir carne para hacer una parrillada a bordo, sólo encontré salchichas. Compré como 5 kilos de salchichas y me volví en la camioneta que me había traído. Cuando llegamos de arriba de un cerro, observé que el *Rosario* había iniciado la marcha para amarrar, y ya estaba haciendo frío y había mucho viento.

Fui en la lancha y subí con el buque en movimiento, con los 5 kilos de salchichas. Me puse la ropa de laburo y me fui a la proa para hacer la maniobra que nos costó bastante por el mal tiempo y el viento frío. Tuvimos que colocar un cabo de acero, que en la jerga marinera se llaman calabrotos. Después de amarrar con Pinda prendimos el fuego en el tambor que usábamos como parrilla. Cuando estuvieron las brasas pusimos las salchichas y, cuando éstas estaban listas, aparecieron Guruní, Guruna y Gurunaqui, el jefe de máquinas, la mujer y el hijo, y nos devoraron casi todas las salchichas, suerte que no tomaban alcohol sino nos hubieran tomado la caja de cervezas que teníamos con Pinda y el Gorila.

Bueno, una vez terminada la carga de mineral, el buque quedó negro por el carbón. Tuvimos que juntar el carbón que quedó en cubierta y luego tirarlo a pala al mar y, después, manguerear a presión todo el barco. Es impresionante la mugre que queda cuando se carga el mineral.

Navegamos por el Pacífico occidental, rumbo al canal de Panamá. Pasando frente a las costas del Ecuador, escuchaba en la radio un programa de Manta y me acordaba de Ruth y de los tiempos que vivía en Guayaquil; y de Puerto Viejo, como así de más amistades, el uruguayo Wilde, el jugador del Barcelona Edison Saldivia, Walter Andrade, etc. Por supuesto, con cierta nostalgia y un dejo de tristeza.

Llegamos a la entrada del Canal de Panamá y fondeamos frente al Puente de las Américas, que está a la entrada del Canal por el Pacífico. Quedamos a la espera del práctico americano, hacía un calor húmedo insoportable. Con los muchachos nos bañábamos en la popa por medio de una válvula que abríamos y salía un chorro de agua de mar que se usa para baldear el barco. De la cubierta observamos cómo el lomo de un tiburón nadaba cerca del casco.

Esa zona está llena de escualos por la temperatura del mar. Subió el práctico a bordo, viramos la cadena del ancla y nos pusimos en marcha hacia la entrada del Canal. A mí me tocó hacer timón, el práctico me impartía las órdenes en inglés. Cuando pasamos el Puente de las Américas y encaramos la primer esclusa, vinieron dos locomotoras, una por estribor y otra por babor, nos pasaron dos estachas (cabos) uno cada locomotora y nos comenzaron a remolcar. Las compuertas de la esclusas se abrían e ingresaba el agua y nosotros navegábamos, había lugares que no había esclusas y navegábamos libremente

como el Paso Culebras y Miraflores. Viajamos toda la noche por el canal y a la mañana amarramos en el puerto de Colón para hacer combustible. Colón está a la salida del canal para el mar Caribe.

Ya en el Caribe pusimos proa rumbo al Golfo de México. A los pocos días iba en el timón y a lo lejos se veían unas casitas blancas, el oficial de turno me dice “aquellas casas que se ven es el puerto de Veracruz”. Nos tomó remolque en proa un remolcador que tenía el nombre de *Jorge*, y mi primo que era de la maniobra de proa se llamaba Jorge, y en popa, donde trabajaba yo, el remolcador se llamaba *Roberto*, igual que yo, vaya coincidencia.

Veracruz es muy típica, con mucha historia, la plaza principal, con sus galerías, recovas y bares, con Mariachis que se acercaban y tocaban en las mesas, sus tequilas, tacos y cerveza, los famosos copones, que tenés que sostener con las dos manos. Íbamos a una playa que se llama Mocambo de Veracruz. Fuimos a Tampico a terminar la descarga de mineral, entramos navegando por el río Panuco, fuimos a comer al restaurant parrilla que tiene ese jugador de Independiente de Avellaneda, Mono Bonelli.

Él recibe la carne de Argentina, por los barcos frigoríficos de Elma. La plaza principal de Tampico se llama plaza de los cuervos

Puerto de Río Panuco,
México, junto al buque
Rosario.



porque está llena de esos pájaros. De Tampico emprendimos el regreso a Argentina, y nos desembarcamos en el puerto de Rosario, cobramos lo que nos adeudaban y volvimos a Bahía Blanca, el viaje duró cerca de 5 meses.



Muñeca mexicana

cartas y postales

Hoy 22 de Septiembre

Querido hijo mio:

Deseo te encuentres gozando de salud cuando ésta llegue a tus manos. Recibimos tu giro querido, y nos llegó cómo del cielo, porque hago arreglar la cocina y pagué unas cuentas; lo mismo Manina Te pido guardes bien la plata, así para cuando vengas puedas arreglar tu situación, vos y Manina tendrán sus planes y yo trataría de ayudarles en todo lo que pueda. Renové el crédito de Gath y Chaves y le regalé a Manina dos juegos de sábanas y repasadores para que vayan teniendo sus cosas y este crédito va a ser para ir comprando de a poco lo más indispensable. Siempre te recordamos a cada instante y rogamos a Dios por qué tengas mucha suerte y todo te vaya bien. Cuidá mucho tu salud querido mío, nosotros estamos bien, papá muy bien lo mismo yo. ¡Supieras que alegría sentimos cuando oímos tu voz por teléfono! Nos parecía mentira! Ya nos contarás cuando vengas; Hugo Dis desembarcó, yo no lo ví, por que ayer estaba yo en Bahía y me dijo Laura que había venido con Sara y los chicos. Llegó una foto de Veracruz que le mandaste a la peluquería a Manina. A la noche cuando vino me la trajo. Bueno Pichón todos te mandamos muchos saludos, lo mismo Laura Panizzi, de un momento a otro va a nacer el pibe o la piba está haciendo arreglos al camión que le queda como nuevo. Decile a Pinda que le mando un abrazo y que a Araceli le pagaron en la agencia 262.000 \$.

Recibí hijo querido todo el cariño de papá y mamá.

Tu madre que te adora.

P.D. saludos a Yaniz.

Hijo los lentes de las vistas de N. York que nos trajiste no aparecieron más; nadie los tiene sí son baratos, comprate otro,

Como tu quieras hijito.

Te besa papá y mamá

Cuidate mucho tu estómago así estás bien de salud

Mami te escribo estas líneas apuradas
dentro de poco estaré allí con ustedes
realizándola en cuenta. Los mandos más peso
para que se curen y hagan algunos cosas
noja a tratar de ir a Belén y Jerusalén
esta a 2 horas de aquí. Ahora -
ver los 9 de la mañana y voy a

Fel Avira despedidos los curules
un abrazo a papá claro

BETHLEHEM, CHURCH OF NATIVITY
THE MANGER



MADE IN PALESTINE

85

3. LA VUELTA AL MUNDO BAJO BANDERA GRIEGA

cinco vacantes cubanas

La vuelta al mundo hecha en el buque de bandera griega *Aegis Kingdom* de la Compañía Naviera Papalios, con domicilio en la calle Alquiabiadao 17, Pireos, Grecia. Éste fue el mejor viaje que realicé, y para mayor satisfacción lo hice con amigos. Los paso a nombrar: Guerino Mancinelli (alias Pechito), Raúl Rebollo, Luis Katsen y Rubén Soria. El barco provenía en viaje inaugural del Puerto de Cádiz (España), quiere decir que tenía 25 días de uso, lo que duró el viaje de España hasta White. Atracó en el sitio 1 y 2 de la galería vieja.

Paso a relatar cómo conseguí el embarque. Era el mes de junio, hacía mucho frío y yo venía de madrugada a mi casa en el colectivo de la vieja compañía La Unión. Viajaban en el colectivo 3 ó 4 cubanos que eran marineros del buque en cuestión. Entablé conversación con ellos y me dijeron que querían quedarse en la Argentina, pedir asilo político, venían escapando del régimen de Fidel Castro, y el barco lo tomaron en Cádiz. Los invité a que bajaran conmigo y vengan a tomar unos mates a la cocina de mi casa, parecían unos tipos macanudos, no conocían lo que era el mate, se lo pasaban, una chupada cada uno, así que tuve que enseñarles cómo debían hacer. Les gustó mucho. Les dije que se presentaran en el periódico La

Gerardo (uno de los cinco cubanos que buscaban asilo político) sobre la cubierta de una embarcación.



Nueva Provincia y le hagan una narración de sus problemas y por qué pedían asilo político. Yo pensé si a estos cubanos les dan Asilo, quedarían 5 vacantes en el buque. Uno de los cubanos, el más maduro, (se llamaba Barco de apellido) tenía una parte de la cabeza hundida por un garrotazo que le dio la policía de La Habana.

Al otro día temprano fui al buque, lo habían cambiado de lugar, al sitio 9 que viene a ser el elevador nuevo. Estuve con los cubanos que se preparaban para ir al diario como yo les había dicho que hicieran. Si les daban asilo iban a pasar por mi casa a confirmarme, así yo trataba de embarcarme. A todo esto le había avisado a mi amigo Pechito y a Raúl Rebollo que se iban a producir esas plazas. A la tarde fuimos a bordo con Raulo y Pecho y los pasaportes listos y encontramos a los cubanos preparando sus cosas para desembarcar y quedarse en la Argentina, les habían dado asilo por medio de la embajada. Había otras personas que querían embarcar. El Capitán de apellido Mastoris nos empezó a llamar y mirar los papeles, aparte del pasaporte quería saber si teníamos experiencia. Yo ya tenía muchos certificados de los otros viajes, Pecho también había navegado, menos Raulo. A mí me embarcó de marinero (sailor), a Pecho de mozo de Capitán y a Raulo de mozo de la tripulación. También embarcaron dos chicos más, uno de Bahía Blanca, Luis Katsen y otro del Boulevard Juan B Justo de Ing. White, Rubén Soria, de profesión pescador artesanal.

Esa tarde arriamos algunas plumas con Rubén y Luis, que trabajamos juntos en cubierta, y las colocamos en sus respectivos calzos y les colocamos las chavetas de seguridad. Yo, como ese trabajo lo sabía, se lo enseñé a mis amigos. A la noche fuimos a comer a la cantina Micho, con Pecho y algunos griegos del buque, luego fuimos a la Cantina IL VERO

TULIO. Ya me había despedido de mis padres. De la cantina fuimos al Cabaret El Tiburón y luego de madrugada me fui al barco solo. Pecho se quedó en el cabaret con los griegos y yo tenía baldeo de cubierta a la mañana temprano, o sea sacarle la mugre que deja el trigo mediante mangueras y chorro a presión de agua de mar, impulsado por bombas de la sala de máquinas.

Mi camarote era grande, individual, tenía escritorio con velador, lavamanos, espejos, colchón nuevo, todo nuevo, ya que el buque era flamante. Me tiré vestido para tratar de dormir un poco y al amanecer aparece el contramaestre que en griego se le dice Lostromo, se me mete en el camarote y me dice Kali Mera (Buendía) Stam Bay que significa (prepararse) para trabajar en cubierta. El barco tenía 200 metros y pico de eslora, con bodegas con tapas corredizas, mediante ruedas que se enganchan con los cables de la plumas que abrirlas y cerrarlas. Se necesitan pasar los cables por pastecas engrilletadas, en argollas que hay en cubierta y palo para darle la dirección exacta al cable para abrir y cerrar las tapas. A las 13.00 horas vino mi mamá al muelle para despedirnos, junto a algunos vecinos, Mario el relojero, Dante Lomolino, mi primo Pinda, que estaba amargado por no haber podido embarcar y mi sobrino Néstor Manzini, y otros amigos nuestros. El muelle estaba lleno y había un sol hermoso.

Nos ordenaron retirar la planchada del muelle, colocarla en su lugar. Yo me dirigí a la popa donde me tocó trabajar en la maniobra, junto con un marroquí de apellido Mohamed, era oriundo de la ciudad Puerto de Tánger, donde yo había estado cuando navegaba en el *Argentinean Reefer*, como Motorman.

Largamos amarras y los remolcadores empezaron a tirar, a medida que nos íbamos alejando veía la silueta de mi madre

saludándome con un pañuelo, cada vez más pequeña, lo mismo la gente que nos había ido a despedir.

salvado por Pechito

Cuando ya estábamos en posición de navegar por nuestros propios medios, Pechito, que estaba mirando la maniobra, larga el cabo que nos habían pasado al remolcar y luego de las pitadas de saludo del remolcador, que eran todos amigos, quedamos libres, y el Capitán dio la orden de poner el “motor” a full (toda máquina), y empezó la navegación hasta la boya faro, o sea el par de boyas nº 1, que son las últimas saliendo de la ría y las primeras entrando al canal, están ubicadas a la altura de Monte Hermoso. Ni bien salimos guardamos todos los cabos de la maniobra que quedaban en cubierta y a mí el contraмаestre me mandó al puente a gobernar, con el timón que era chico, parecido a la palanca de mando que tienen los aviones.

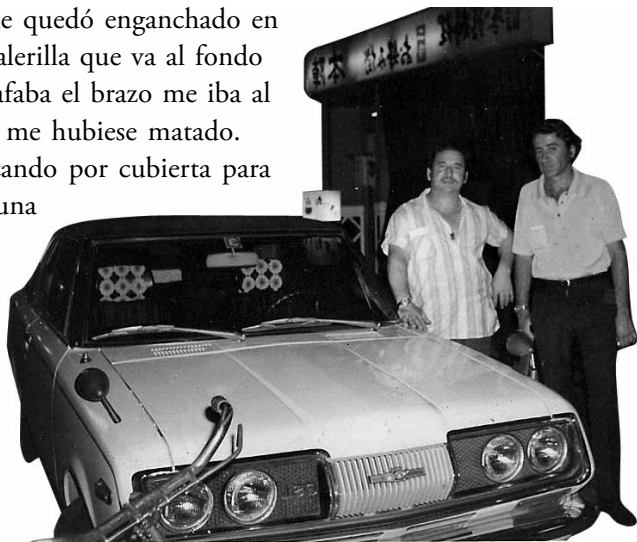
Nuestro punto de destino era el puerto de Cape Town, en Sud África, allí íbamos a estar unas horas cargando combustible y víveres. El cruce del Atlántico hacia el este fue con un mar muy bueno, a medida que iban pasando los días iba haciendo más calor. Nosotros trabajábamos en cubierta pintando y haciendo guardia, Pechito nos servía jarras de jugo fresco, con cubitos, que nosotros consumíamos casi con desesperación por el calor que hacía. Trabajábamos en bermudas y con el torso desnudo, y de paso aprovechábamos para broncearnos. Más o menos a los 15 días llegamos a destino.

La entrada a Cape Town es muy pintoresca, rodeado de cerros altos y mucho movimiento marítimo. Con Pechito y

Raulo bajamos y dimos una vuelta por la ciudad, estuvimos en un par de bares y nos dimos cuenta de las hostilidades que hay entre negros y blancos, así que decidimos volver rápidamente a bordo para cuidar nuestra integridad física. Aparte faltaba un poco para zarpar, embarcaron un par de tripulantes que vinieron de Grecia y también desembarcó un mayordomo y voló para Grecia. Zarpamos al amanecer buscando el Cabo Buena Esperanza, esa ruta ya la habíamos navegado con mi primo Pinda cuando fuimos a Japón, en el *Talata* que tomamos en Río Grande Do Sul, en Brasil. Entramos al Cabo con mal tiempo, igual que cuando lo cruzamos con el *Talata*, y después la ruta fue la misma, Océano Índico, pasar frente a Mozambique de un lado y Madagascar e Islas de San Mauricio de otro, luego Estrecho de Malaca, cargamos combustible, víveres y finalmente Yokohama, descargamos el cereal.

Unos días, casa de masajes con los amigos, cenas y algunas diversiones. Japón es muy lindo. Pecho compró una radio, pasa cassette, yo me compré ropa nueva, zapatos, un reloj Seiko n° 5, Pechito y Raulo también. Prácticamente a Pecho le debo la vida, yo estaba limpiando con un cepillo unos costados, adentro de la bodega y debido al polvillo del cereal me desmayé y el brazo me quedó enganchado en los peldaños de la escalerilla que va al fondo de la bodega, si me zafaba el brazo me iba al fondo de la bodega y me hubiese matado. Pecho me estaba buscando por cubierta para que vayamos a cenar una picada que él había

Roberto “Chapa” Orzali y
Guerino “Pechito”
Mancinelli en Japón.



preparado y vio mi cabeza por la boca maestra del pasa hombres, y me sacó de los pelos a cubierta, allí me reanimaron. Si no me hubiera localizado no sé hasta dónde me hubiera aguantado el brazo.

De Japón navegamos hacia las islas Filipinas (un archipiélago de muchísimas islas), atracamos en una isla que se llama Pulú Pandam a cargar una bodega con azúcar a granel que teníamos que descargar en la Sugar Refinery, del puerto de Boston, estado de Massachussets, en los Estados Unidos. Mientras se efectuaba la carga bajamos a conocer la isla. El calor era húmedo y pegajoso, la isla tenía una avenida ancha, de tierra, con comercios, almacenes y algunos bares, una plaza con juegos y a la noche fuimos a un boliche bailable frente al muelle. Cuando el boliche cerró llevamos unas chicas a bordo.

baile, arroz y tanques de guerra

Al otro día salimos a completar la carga hacia otra isla que se llama Ilo Ilo City, es el 2º puerto más importante luego del de Manila, con una ciudad con muchos comercios, y

Roberto Orzali y su
compañero griego
Giorgio en Filipinas.



universidades. Tuvimos que fondear en la Bahía y esperar que carguen 26 barcos que teníamos adelante nuestro, a la espera de cargar azúcar a granel. El buque lo cargan en un día y teníamos 26 barcos adelante nuestro, teníamos que estar 26 días en Ilo Ilo City. Todos los días a las 17 horas iba un sampán (lancha) a buscarnos para llevarnos a tierra. Bueno, estuvimos 26 días en Ilo Ilo, todas las noches a las 21 horas comenzaba el baile en el Parque Hotel, en el 2 piso, es un Hotel tipo Pagoda.

Había un “bar” que se llamaba Olisen Bar, está en la avenida principal de la ciudad, y punto de reunión con nuestras chicas amigas. Mucho calor, todas las noches íbamos a bailar y frecuentar cabarets, con show.

Yo tenía una amiga que se llamaba Lili Recto y trabajaba en una Relax Barber Shop, en la calle Aldeguer 30 de Ilo Ilo. Salía siempre con ella. También conocimos, en un balneario que se llamaba Bella Vista, a unas chicas profesoras de español, que se llamaban Eve Egide y la otra no me acuerdo bien.

Nos invitaron a comer a su casa, con su familia, luego íbamos a ver espectáculos al Hotel Río, en su confitería con piscina estaba de moda el conjunto del guitarrista Santana. Nos hicimos amigos de los lancheros que nos llevaban al muelle y estos nos invitaron a pasar unos días en sus casas. Viven en una isleta que se llegaba con lancha, nos fueron a buscar y nos llevaron. Sus



Lili Recto, amiga de Roberto en Filipinas.

casas eran cabañas tipo chozas, comimos arroz con pescado y cerveza. Gente macanuda, nos sacamos fotos. Algo que me llamó la atención eran los restos de tanques de guerra americanos, de las acciones bélicas que tuvo como protagonistas al General Mac Arthur, y recordé su célebre frase “volveré a las Filipinas”. También la película del Director Francis Coppola, Apocalipsis Now, sobre la guerra del Vietnam, se filmó en las islas filipinas porque los costos son más baratos.

Salimos de Ilo Ilo, luego de cargar el buque con azúcar, embarcamos cuatro filipinos, dos aprendices de pilotines, de la Escuela Náutica filipina, en máquinas, embarcamos a Sami, un muchacho de Ilo Ilo, que también nos invitó a comer a su casa. Yo de marinero pasé a trabajar en máquinas como Oiler (engrasador). Le había pedido al Capitán, porque Yaniz, el Oiler griego se enfermó y lo operaron de apendicitis, y lo mandaron a su casa.

Navegamos por el Pacífico con destino al Canal de Panamá. Para cruzar el Atlántico, pasar por el Triángulo de las Bermudas y llegar a Boston, tardamos 40 días, y luego estuvimos fondeados frente a Boston, donde culminamos de dar la vuelta al mundo. Estuvimos fondeados cerca de una semana, porque había huelga de estibadores. Yo quería bajar a tierra para hablar a mi hogar por teléfono, estaba preocupado por la salud de mi padre, que había estado internado, bastante grave, en Bahía Blanca. Para colmo no mandaban ninguna lancha para que nos llevara al puerto. Desde el lugar que estábamos fondeados se observaban las moles de los edificios de la ciudad de Boston, algo imponente.

En una playa de Filipinas junto a lugareñas.



buscando a Puchero en Nueva Jersey

Al final amarramos en el muelle de la refinería de azúcar y pude hablar por teléfono a mi casa, del teléfono público de un bar, se sentía clarito la voz de mi madre que me decía que mi papá se encontraba en mi casa, fuera de peligro. De la alegría me largué solo a recorrer las calles de Boston, la parte céntrica, pasé por la famosa Universidad de Harvard. Es una ciudad imponente, con un alto nivel cultural. El bostoniano es muy parecido al inglés londinense, por su estilo de caballero. Íbamos a un bar que se llamaba el Boston Club.

Una noche a bordo se realizó una fiesta y se invitó a familiares griegos residentes en Boston. Nosotros recibimos una carta que nos mandó el petiso Fontán de White con la dirección de un amigo nuestro, José Gutiérrez alias Puchero. Este vivía en la localidad de Trenton. En Nueva Jersey habíamos conocido a unos chilenos y unos hondureños que estaban trabajando en Boston, hacía 1 año que estaban. Trabajaban 8 horas en un restaurant y vivían holgadamente. Les alcanzaba lo que ganaban para arrendar una hermosa casa, aparte tenían autos, y la plata les alcanzaba para vivir sin faltarles nada, muy diferente a nuestro país, que la plata no alcanza para nada.

La noche que el Capitán organizó la fiesta para la comunidad griega yo estaba de guardia en la sala de máquinas, de 20.00 a 00.00 horas y llovía. Yo iba a popa a tomar un poco de aire y observaba como iban llegando los coches y las mujeres vestidas de fiesta. En ese instante fui a buscar a Pechito que estaba sirviendo las mesas en el salón de oficiales y le dije esta es la oportunidad de irnos a ver a nuestro amigo José, a su casa en Trenton, Nueva Jersey. Nos pusimos de acuerdo, cuando yo

terminaba la guardia a las 00.00 horas y Pecho terminaba de atender a los invitados, Raulo se plegaría con nosotros, y Rubén tuvo miedo y se quedó en el barco. Nuestra finalidad era que José nos consiguiera un trabajo y poder quedarnos a trabajar en Estados Unidos, para mejorar un poco nuestro futuro.

Terminé la guardia y le pregunté a Pecho si había podido conseguir nuestros pasaportes, ya que él tenía acceso a la oficina del capitán, que se llamaba Antonio Mastoris y era de nacionalidad griega. Me dijo que no los pudo conseguir, porque estaban bajo llave. De todos modos teníamos la cédula de la Policía Federal, que no es lo mismo, pero igual decidimos irnos. Esperamos que el marinero de cubierta de guardia se dirigiera a la proa para ver las amarras, porque llovía y había un poco de viento. Y cuando así lo hizo nos bajamos sin que nos viera. Caminamos por las sombras de una inmensa galería que tiene la refinería hasta que llegamos a una avenida y empezamos a hacerle señas a los taxis, pero no paraba ninguno.

Ya llovía tremendamente y nos estábamos mojando mucho. Por fin pasó uno y le dijimos que nos llevara a la terminal de colectivos, para tomar alguno que fuera a Nueva York. En la terminal de Boston, que es inmensa, nos pusimos a secar las camperas en una máquina secadora y sacamos tres pasajes para el colectivo que salía a las 7 de la mañana. Esperamos que se haga la hora, ya nos habíamos secado bastante, y a las 7 en punto salimos en un colectivo que tenía un galgo dibujado, rumbo a Nueva York. A las 12 del mediodía llegamos a la Gran Estación Central Pensilvanian Station de Nueva York. En el piso de arriba de la estación se encuentra el célebre Madison Square Garden. Me acordaba de la pelea que Luis Ángel Firpo lo tiró del ring a Jack Dempsey. Era un mundo de gente la

Pensilvanian Estación, con escaleras mecánicas. No sabíamos dónde se sacaban los pasajes para Trenton y al sentir nuestro idioma se nos arrimó una colombiana y nos llevó a la ventanilla de venta de pasajes. Le dimos el dinero y nos sacó tres pasajes para Trenton, y luego nos llevó a abordar el micro que ya estaba saliendo.

Salimos hacia Nueva Jersey por el puente George Washington que cruza el río East, o sea río del Este (East River) hacia el Estado de Nueva Jersey. A mi lado viajaba un chileno que se percató que éramos ilegales, y nos dijo que nos cuidáramos, que no nos metiéramos en bares, porque allí hay cárceles para los ilegales y te obligan a laburar hasta pagarte el pasaje de vuelta. Le hicimos caso al chileno y nos quedamos piolas. A la hora y pico el chofer anunció “Trenton”, última parada. Bajamos y nos metimos en un bar oscuro, a comer Hot Dogs, o sea Panchos, con cervezas, y así sin hablar.

Al salir, enfrente, había una parada de taxis. Abordamos uno y le mostramos la dirección de José (que es muy parecido al actor de cine Jack Palance). Llegamos a la casa en un barrio tipo residencial de casas típicas “Yanquis”, de madera con porches a la entrada. Sus habitantes dijeron que José no vivía más. Le entendimos a medias, ya que nuestro inglés dejaba mucho que desear. Aparte no tenían idea dónde se había mudado. Estábamos parados en una esquina, pensando qué hacer, cuando delante nuestro pasaba un coche (Mustang) que manejaba una señora rubia con un bebé sentadito en una sillita especial que llevan los coches adelante. Pechito observa el coche y la rubia, y luego de vacilar un poco gritó “Ingrid”, que era el nombre de la mujer de Puchero.

Ella había trabajado como locutora en el cabaret Monte Carlo de White. Aparte con José eran dueños del bar El Curacó que le habían arrendado al Petiso Fontán, que fue delegado municipal de White. El coche paró y al vernos Ingrid se apeó del vehículo y empezó a caminar lentamente hacia nosotros. Yo tenía bigotes gruesos, tipo mexicanos, y unos lentes que me compré en Boston, que son plateados, vos podés ver bien, pero no se te ven los ojos, son plateados. Tenía una campera japonesa y pantalones filipinos con botamangas anchas. Pecho y Raulo también estaban bien vestidos, con ropa que compraron en Japón.

A medida que se fue acercando fue reconociendo a Pechito (habían sido muy amigos de la noche whitense), se fundieron en un abrazo. De mí también se acordó, de cuando frecuentaba el Bar Curacó. A Raulo no lo conocía. No lo podía creer, y atinó a decir “suban al coche que los llevo a ver a José”. Frenó el auto en una especie de taller metalúrgico donde José trabajaba como soldador de rejas.

Nosotros observábamos desde el interior del coche cómo Ingrid hablaba con él y le señalaba el coche. Y José vino a comprobar qué tres personajes estaban en el auto. No lo podía creer, nos abrazaba con mucha emoción y decía “de vos Chapa, lo puedo esperar, porque sé que navegás mucho, pero de Pecho nunca me lo imaginaba” (porque siempre estaba aferrado a su madre). Le presentamos a Raulo, también lo abrazó y le dijo a Ingrid “lleválos a casa que yo voy para allá enseguida”. La casa estaba cerca, hermosa casa de dos pisos, tipo chalet californiano, con subsuelo y un patio enorme, lástima que de vecino tenía a un alguacil, o sea un policía. Teníamos que cuidarnos de no hablar muy fuerte. Al instante llegó José. Ingrid ya nos había metido las camperas y medias en el

lavarropas porque estaban medio mugrientas. Puchero fue a buscar cervezas en caja y nosotros tomábamos mate y escuchábamos tangos apoltronados en mullidos sillones. Al rato teníamos las camperas y medias lavadas y secas. José nos dijo todavía no me cuenten nada, primero vamos a comprar la carne para hacer el asado. Fuimos a un supermercado de tres pisos, algo majestuoso, José compró unos bifés de costilla enormes y chorizos, no nos dejó pagar nada. Nosotros teníamos algo de dinero, nos compramos unos gorros con viseras bien yankis.

El asado lo hicimos en una parrilla portátil y comimos en la cocina. Al asado lo acompañamos con un vino californiano, tipo patero, y le contamos la historia a José, y él nos dijo que nos quedáramos en su casa hasta que él nos consiguiera trabajo. El problema era que no teníamos los pasaportes, qué íbamos a poder trabajar. Si conseguíamos el carnet de seguridad (Social Security), teníamos que ir a Nueva York a ver a un ecuatoriano en el edificio de la Seguridad Social, que era el que conseguía esas tarjetas mediante el pago de unos pesos.

cercados por el FBI

Al otro día, José nos consiguió un laburo en el taller donde él trabajaba y le dijo a Ingrid que nos llevara a Nueva York para ver al ecuatoriano que estaba laburando en la calle Lexington. Llegamos a esa dirección pero resultó que el ecuatoriano no



laburaba más, así que no hubo forma de conseguir el Carnet de la Obra Social. Ingrid nos dejó en la Pensilvania Estación y nos dijo que volviéramos al buque, y si este iba al puerto de Filadelfia, como se comentaba, tratemos de sacarles los pasaportes al Capitán y ella nos iba a buscar, así podríamos estar para la fiesta que le iba a hacer por el cumpleaños de uno de sus hijitos, tienen 3. Nos despedimos y le mandamos muchos cariños a los nenes con José, y quedando que nos iban a buscar a Filadelfia.

Decidimos volver a Boston, el tren salía a las 14 horas, teníamos unas horas de tiempo para andar por Nueva York, así que fuimos a conocer el Madison Square Garden, que está en el tercer piso de la Estación Pensilvania, pagamos 1 dólar y subimos a conocerlo. Es enorme, mucho más grande que el Luna Park de Buenos Aires. Luego fuimos a conocer el edificio Empire State Building, tomamos el ascensor que en segundos nos llevó al Observatorio que está en el último piso. El Empire State Building está ubicado en la quinta Avenida. Pagamos un dólar en la planta baja y subimos en cuestión de segundos. Cuando se abrieron las puertas del ascensor estábamos en la confitería del observatorio. Éste tiene cuatro telescopios, uno en cada punta, y está cubierto por un cerco de alambre alrededor. Con esos telescopios se observa hasta las fábricas y astilleros del lado de Nueva Jersey, toda la isla de Manhattan, la Estatua de la Libertad, y enfrente, cerca, el Edificio de la línea aérea Pan American (PANAM).

Conocimos a unos turistas alemanes, y estos nos sacaron fotos, y nosotros a ellos. Teníamos una máquina fotográfica que compró Raulo en Japón. La ciudad de Nueva York vista desde la terraza del observatorio es algo imponente y majestuoso. Bajamos en segundos y comenzamos a pasear por la 5º avenida,

fuimos hasta la calle 42, que viene a ser la zona roja, lleno está de prostitutas y delincuentes al acecho, y bares con espectáculos de mujeres en Topless.

Caminamos unas cuadras por la 42 y volvimos a la Estación Central. Pecho compró una valijita para guardar los cassetes que tenía. Nos sentamos en un banco del hall de la Estación y se nos acercaron unos tipos, nos mostraron las chapas de policías del FBI. Ya tenían nuestros nombres y nos detuvieron. Nos llevaron al Departamento de Migraciones y de allí, luego de pegarnos un lavado de cabeza nos acompañó un agente de migraciones en el tren hasta Boston, más o menos unas 3 horas de tren. Llegamos a Boston y como era domingo el consulado argentino estaba cerrado, yo le dije al cana que nos llevara a la Misión del Marinero (Seamen House) así pasábamos la noche y al otro día nos presentábamos en el consulado. Él tenía que dejarnos en nuestra embajada. Nos acompañó a la Misión, nos dieron 3 habitaciones y se despidió con la promesa de que nos íbamos a presentar en la embajada, después de todo no éramos delincuentes.

En la Misión nos dieron 3 habitaciones alfombradas, con bañera adentro y televisión. Nos bañamos, yo bajé a comprar unas pizzas. Estábamos en la Little Italy, o sea pequeña Italia, así se llamaba ese barrio de Boston, habitado por italianos. Compré una pizza grande de muzarella y la llevé a la Misión. La comimos en la habitación que ocupaba Pechito, y luego nos quedamos profundamente dormidos, estábamos muy cansados de haber andado tanto. A la siguiente mañana desayunamos té con leche, pan y mantequilla, todo incluido con las habitaciones, para los marineros es gratis, no sé quien se hace cargo de todo. Tomamos un taxi y fuimos a ver al cónsul a la embajada. Este nos dijo “por qué no se dejan de joder y se

quedan laburando en el barco”. Nosotros le dijimos que queríamos trabajar en Estados Unidos. “Acá sin radicación no se puede vivir, vayan al barco y pórtense bien porque si nó van a terminar presos”. Ante esa perspectiva no nos quedó otro remedio que volver a bordo acompañados por dos empleados de la embajada. La tripulación se puso muy contenta al vernos llegar, dentro de todo éramos apreciados y nos habíamos formado amigos después de haber convivido tantos meses en el mar, sobre todo Mohamed, el marroquí, lloraba de la emoción y nos besaba de alegría. Nos habíamos hecho muy buenos amigos de él. El que no parecía nada contento era Mastoris, el Capitán.

A mí me mandaron a la sala de máquinas, tenía que pagar las guardias que le debía a los otros dos engrasadores que al ausentarme yo tuvieron que recargarse en el servicio. El Capitán dio la orden de que no podíamos bajar a tierra en suelo estadounidense, ya que estábamos fichados por la policía. Lo que pasó es que tenía miedo de que nos volviéramos a escapar. Nosotros habíamos decidido fugarnos en Filadelfia, esta vez con los pasaportes que Pechito se tenía que encargar de sustraerle al Capitán Mastoris de su oficina.

Al otro día llegó un cable de la Compañía de que el buque cambió de destino, en vez de ir a Filadelfia tenía que ir a Canadá, al puerto con el nombre de Trois Rivières, que pertenece a Quebec, así que con esa noticia ya no podíamos fugarnos en Filadelfia, donde José nos iba a ir a esperar.



África no es la India

El Capitán se apiadó un poco de nosotros y nos dejó bajar a tierra con la promesa de que no nos íbamos a escapar. Fuimos a la Misión del Marinero y hablamos por teléfono a Trenton, con José, para comunicarle que fallaron los planes, al cambiar el buque de destino. En la Misión conocimos a un argentino que era jefe de cocina del *Río de Janeiro*, un buque noruego de la Ibarain Line, que estaba amarrado en el muelle de Boston, y nos invitó a cenar en su barco, así que fui con Raulo y Pechito. Luego de terminar con nuestro trabajo, después de cenar, nos fuimos al Boston Club a tomar cerveza y luego nos despedimos porque al otro día temprano zarpábamos para Canadá.

Ingresamos al puerto Trois Rivières navegando por el río San Lorenzo. Hacía mucho frío y bajamos en una lancha, ya que habíamos fondeado frente al muelle. Trois Rivières es una ciudad de anchas avenidas, muy pintoresca, con muchas casas tipo cabañas. No es grande, más chica que Bahía, con menos tráfico. Fui a una tienda y me compré un pantalón de corderoy, con botamangas anchas, y un cinturón de cuero hermoso. Pecho se compró una campera. Luego fuimos a comer pizza y para rematar, al Cabaret Río, donde nos encontramos con Sami, los demás filipinos y Mohamed. Hicimos una mesa marinera y pedimos cerveza. En eso llega el mozo y nos pone más cerveza en la mesa. Le preguntamos quién mandaba esa vuelta, con nuestro inglés chapuceado, y nos señaló una mesa al fondo de la pista. Era el Capitán y el Gramaticós (jefe de cubierta) y el contraamaestre Jorgos.

Esa madrugada Mohamed llevó una chica del cabaret al barco, y en el camarote no sé qué le quiso hacer que la pobre salió corriendo desnuda por los pasillos, y gritaba como una

marrana. Justo llegaba el Capitán y salió en defensa de la chica. Mohamed tenía un cuchillo en la mano, y lo quería matar al Capitán. Vino el marinero de guardia con un candelero en la mano, le quería pegar al Marroquí. Con Pechito los separamos y le sacamos el cuchillo a Mohamed. Al otro día lo desembarcaron y mandaron a Tánger por avión.

En Canadá cargamos trigo para el África. Era un cargamento donación, para paliar la hambruna que hay en ese continente. Nuestro destino era Ghana, cuya capital es Accra. Queda en el África occidental. Hicimos una travesía de 20 días más o menos por el océano Atlántico. En Trois Rivières embarcamos dos africanos que pertenecían a la empresa. Eran residentes de Ghana, se desembarcaron de un barco de la misma empresa, y ésta, para no mandarlos en avión, aprovechó que estaba nuestro buque que iba a Ghana y los mandó trabajando en el *Aegis Kingdom*.

Cofi era un negrito macanudo, vino a hacer la maniobra a popa conmigo, el otro ayudaba en la proa. A la noche venían al camarote de Pechito a comer las picadas que éste preparaba. Y los griegos al notar nuestra ausencia en el comedor se enojaron un poco y nos decían ¿qué les pasa a ustedes, no les gusta la comida griega? Divisábamos la costa africana y Pechito nos decía miren muchachos, estamos llegando a la India. Yo le decía no es la India, es el África, Pechito. Cuando bajamos en el Puerto de Ghana, Cofi nos llevó a conocer su casa y su familia (tenía como 5 esposas) y la casa llena de negritos, que serían sus hijos, calculo. En las calles de tierra se cruzaban unos lagartos bastante grandes. Era como una villa de emergencia donde vivía. Pechito decía – Chapa, qué miseria que hay en la India; no había forma de hacerle entender que no estábamos en la India, sino en el África. Fuimos a un baile, y al salir los

negros nos querían dar vuelta el taxi, hay bronca con los blancos. En el puerto habían matado a un griego que regresaba al barco. Al otro día fui del buque a un hotel 5 estrellas, de la cadena Meridean, famosa en el mundo.

Bueno, ya llevábamos navegando 6 meses y medio, y estábamos bastante cansados, así que decidimos desembarcarnos, y como teníamos bastante dinero ganado (yo había hecho mucho Overtime, o sea horas extras) nos pagamos el pasaje, 350 dólares cada uno. Luis Katsen se había desembarcado en Panamá por un problema que tuvo. Abordamos un avión de Pan American hasta Dakar (Senegal), allí me compré un machete, un tambor y un collar. En Dakar abordamos un avión de Alitalia que venía de Roma, y en 7 horas cruzó el Atlántico y aterrizó en Ezeiza. Este fue otro de mis viajes, con la vuelta al mundo completa.

VIAJES
CON EL

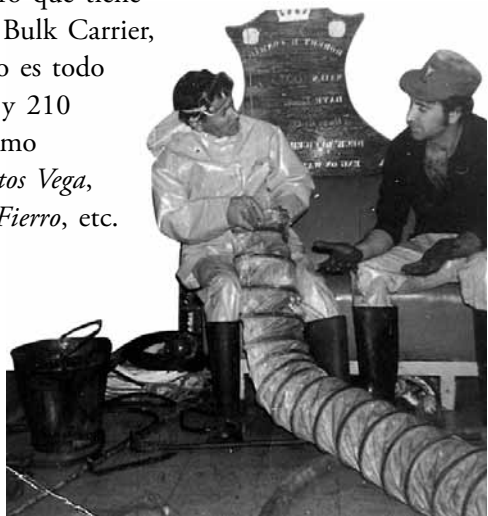
4. VIAJES CON EL VASCO

extrañaba las largas travesías

Estuve embarcado en un remolcador de apoyo a una plataforma petrolera, norteamericana, que se llamaba *Offshore Mercuri*; de bandera americana y trabajaba en la zona del Golfo San Matías; al tiempo embarqué en otro buque norteamericano, con gabinete científico a bordo. Íbamos a la costa de Tierra del Fuego, y se hacían estudios tirando dinamita al mar. Todos esos resultados los mandaban a la Nasa, en forma secreta. El buque se llamaba *Robert Conrad*. Yo estaba embarcado en máquinas como Wiper, que significaba limpiador. El buque no tenía ojos de buey, para ver el mar había que salir a cubierta, pero como siempre había mal tiempo, hacíamos de cuenta que navegábamos en un submarino.

No aguanté, empezaba a extrañar las travesías largas y los puertos del mundo, por eso decidí desembarcar para viajar a Buenos Aires, a buscar un buque mercante. Me presenté en la Empresa Gotas Larsen, noruega, pero que tiene barcos con pabellón argentino tipo Bulk Carrier, con puente y castillaje a popa, luego es todo cubierta con 9 bodegas sin plumas y 210 metros de eslora, y con nombres como *Gaucha Laguna*, *Gaucha Tauro*, *Santos Vega*, *Gauchito*, *Segundo Sombra*, *Martin Fierro*, etc.

Roberto Orzali (derecha) en el barco oceanográfico *Robert Conrad* limpiando los tanques de combustible.



El jefe de personal, Señor Calcagno, me dijo que por el momento no tenían vacantes, porque la mayoría de los buques estaban navegando por Europa y Estados Unidos pero me iba a tener en cuenta; fui a la calle Paseo Colón, con su tradicional Recova, a esperar el colectivo 33 para ir a la Boca, donde me hospedaba en el hotel Rocha, en la calle Necochea. Estaba en la parada del 33, y observo que atrás mío había una agencia marítima, que se llamaba Takis, yo tenía mi documentera, con el pasaporte y mis papeles que me acreditaban como navegante.

Me dije voy a preguntar por el jefe de personal, entré y le dije a la empleada que me comunique con el jefe, para preguntarle si tenía alguna plaza; llamó por el conmutador al Señor Costas Stamatius, más griego imposible. Yo recordé a un Costas, que conocía de las agencias de Bahía Blanca, y cuando fui mozo de oficiales en el buque *Dun Drum Bay*, le servía el café: ¡era el mismo! cuando bajó de su oficina y me vio, lo primero que me dijo fue si tenía el pasaporte en regla y si quería embarcar ya; le dije que efectivamente me quería embarcar y me hizo pasar a su oficina, donde había una persona, que era el Capitán de un buque, que estaba en dique seco, en Dársena Norte, y ese día a las 16 horas cambiaba la tripulación. Costas le dijo al Capitán que él me recomendaba. El Capitán me preguntó si yo estaba casado. Yo vivía en pareja con Manina, mi actual mujer, le dije que sí, y me dijo, este barco es bueno para casados, porque iba a Nueva York, tocando islas del Caribe, con carga general, y cada dos meses regresaba a Buenos Aires.

Quedé estar a las 16 horas en el barco, para firmar el contrato de ajuste fui a la Boca, me compré una navaja marinera, pagué el cuarto del hotel, y a las 4 de la tarde estaba en el dique, donde se encontraba el *Montevideo*, así se llamaba

el buque, ya tenía la bandera griega, era un barquito de 7.000 toneladas chico, con una grúa en cubierta, puente al medio y castillaje en popa. Había unos chilenos que iban a embarcar y un filipino, unos muchachos argentinos, esperando para firmar el contrato. El Señor Costas se asomó para ver si me veía, y me llamó para firmar. El contrato era por un año, 400 dólares de sueldo y 45 ctvos de dólar la hora extra, o sea el Overtime, más la limpieza de bodegas, que había que hacer muchas, porque era carga general, cargábamos de todo, hasta troncos, en Jamaica teníamos que cargar una bodega de aceite para Nueva York. No estaba mal la paga.

Me embarqué como marinero, me dieron un camarote en la popa, bastante lindo, individual con sillón, escritorio y lavamanos y una cortina en la cama, estaba limpio, y yo lo volví a lavar; íbamos a estar 20 días en el dique. Yo a las 17:00 horas dejaba de trabajar, así que me alquilé una habitación matrimonial en el Hotel Patagonia de Constitución, donde con Manina ya éramos clientes, la llamé por teléfono a Manina y le dije que se venga a pasarla conmigo.

Nos tocó una fiesta griega relacionada con el rey Constantinos y tuvimos asueto 3 días, así que con mi mujer nos dedicábamos a pasear, íbamos al Tigre, fuimos a visitar a un amigo, el Vasco Oroquieta, que era de Villa Mitre, vivía con su mujer, Vilma Colina, que es escritora de la revista Somos, y vivían en un departamento de la calle Lavalle,

Paseando con Manina en Tigre, Buenos Aires, mientras espera zarpar en el buque *Montevideo*.



dos cuabras antes de la Avenida Leandro Alem, en un octavo piso, con vista al Río de la Plata. Nos recibió el “Vasco”, así lo llamamos los amigos, Vilma estaba trabajando, se puso muy contenta al verme. Le presenté a mi señora y nos pusimos a tomar mate. Cuando le dije que yo estaba embarcado se entusiasmó mucho; él tenía pensado navegar, y tenía el pasaporte actualizado. Le dije que vaya a bordo, que yo iba a tratar de darle una mano. Al otro día fue, pero no tuvo suerte; le dije que vaya todos los días, y traté de hablar con el Capitán, hasta ganarle por cansancio.

El vasquito iba todos los días, como yo le dije. Mi señora le decía que insistiera, hasta que el Capitán lo embarcó, como mozo de oficiales, en cubierta, estaba conmigo un muchacho de la Boca, de apellido Papaletero, vivía en la calle Almirante Brown, y cuando terminábamos de trabajar me arrimaba al hotel en su Citroen. Componían la tripulación dos chilenos en cubierta, otro de mozo de Capitán, un filipino de telegrafista, un muchacho argentino en cubierta, y un griego joven, que estaba medio loquito, un insoportable y que no quería a los Sudamericanos.

en Brasil no hay problemas ni tabúes

Al fin, llegó el día que teníamos que salir del Dique, para empezar a acopiar carga general, en el Dique 3 de Puerto Madero me despedí de Manina, que volvió a Bahía Blanca, y me instalé en mi camarote definitivo. Esa noche salimos de Dique Seco, y en el Dique 3 cargamos 2 camionetas en cubierta, y tambores de aceite, que teníamos que descargar en el Puerto de Paramaribo, Estado de Suriname, en la Guayana holandesa, y otras cargas que ya no recuerdo. Cerramos las

bodegas. El Vasco tenía fiebre y gripe, pero laboraba igual. Salíamos al anochecer, luego de ir a un bar a tomar unas cervezas, Miguel y los dos chilenos.

Volvimos al buque a terminar de preparar la maniobra y el Vasco tenía que servir la mesa para la cena. Al fin, zarpamos tirados por dos remolcadores de la Empresa Ona. Nuestro primer puerto de escala era San Francisco Do Sul, al sur de Brasil, pasando por Uruguay. Navegamos toda la noche y parte del otro día, y llegamos a San Francisco, un puerto chico, con una ciudad pequeña, con calles empedradas y una ancha avenida de tierra; hacía frío, descargamos las camionetas, bajé con el argentino de cubierta, conocimos dos chicas que estaban sentadas en un muellecito mirando el mar, conversamos, y nos invitaron a la casa de una de ellas, que quedaba en el fondo de la Avenida.

Nos presentaron a sus familias y fuimos a sentarnos a un comedor, con unos sillones de mimbre. Sus padres nos observaban a través de un biombo. En Brasil no hay problemas ni tabúes como en Argentina. En San Francisco pintamos un poco el casco desde el muelle, y a los dos días salimos rumbo a otro puerto brasilero, que se llama Paranagua, no me acuerdo si cargábamos o descargábamos. Son horas de navegación. El muelle de ese puerto es muy largo, lleno de galpones, Galpón 1, Galpón 2, hasta el Galpón 50 o 60, larguísimo, y donde nosotros amarramos creo que era el Galpón 20. Nos quedaba lejos del centro, pero igual fuimos caminando; cambiamos pesos argentinos por cruzeiros en un barco argentino, un Victory, que se llamaba *Río Grande*. El Capitán nos cambió el dinero y con esos cruzeiros fuimos al cabaret. Miguel no bajó, porque terminaba tarde de levantar la mesa y lavar todo, pero

no sé cómo, averiguó dónde estábamos, y se apareció en el cabaret.

Volvimos a bordo cerca del amanecer, caminando por los galpones, un trecho larguísimo hasta el buque. Me tuve que poner la ropa de trabajo para laburar, porque el barco salía al mediodía rumbo al puerto de Santos, también en Brasil. Habíamos navegado dos días más o menos, y amarramos en el Galpón 1 de Santos, con portón de salida hacia Plaza Maguá.

En la tarea de maniobra para amarrar al muelle chocamos la popa del costado de babor (izquierdo) contra la plataforma giratoria de una grúa del muelle, y a consecuencia de eso se doblaron las barandas de la toldilla, cerca de donde se encuentra el asta de la bandera. En Santos bajamos con el Vasco, luego de que yo lo ayudara a levantar la mesa y lavar la vajilla. Él había pasado de ser mozo de oficiales a ser mesero maestro, o sea de los marinos, y estaba más tranquilo, ya que los oficiales lo verdugueaban mucho. Bajamos a tierra luego de la cena y caminamos por la rúa General Cámara, desde Plaza Maguá hasta la zona roja donde están los boliches, con sus prostitutas topless, y espectáculos pornográficos en vivo. Ver eso salía un poco caro, nosotros tomábamos cervezas, hacía mucho calor, húmedo y pegajoso, y lloviznando volvimos a bordo por la misma rúa General Cámara.

Volver por esa calle de madrugada es muy peligroso, por eso yo llevaba la navaja marinera apretada en las manos, con el punzón que tiene para hacer costuras de cabos preparado, por si nos increpaba algún asaltante; gracias a Dios, no nos pasó nada. Al otro día, salimos rumbo a la Guayana holandesa, al puerto de Paramaribo, que está doblando el Cabo Frío, al norte de Brasil, y en la entrada del Mar de las Antillas, ahí teníamos

que descargar los tambores de aceite que llevábamos trincados en la cubierta. Bajamos con el Vasco Miguel a conocer. Mucho calor húmedo.

También a la salida del muelle había una estación de servicio, y una ancha avenida de tierra, con bares, hoteles de cuarta, negras sentadas en los cordones ofreciendo sexo, que te decían al pasar cerca de ellas “short time my friend” o sea en castellano “short time”, significa, tiempo corto, un servicio rápido sexual. No teníamos plata y el Vasco vendió el reloj al dueño de un bar y con ese dinero pudimos tomar varias cervezas en un bar. Había un marino alemán tomando cerveza en la barra, y Miguel medio en curda empezó a personificar a Hitler (El Führer). Con los lentes caídos, y su bigote ancho, se parecía mucho, aparte levantaba la voz como el Führer, y hacía los mismos ademanes. El marino se moría de la risa, y nos invitaba a tomar cerveza.

Cuando salimos de ese lugar, por esa avenida, nos rodearon unos muchachotes con la melena tipo Afro, nos pusieron una navaja y nos pedían plata, o que le diéramos marihuana (porro), si teníamos en nuestro poder, al Vasco le revisaban los bolsillos, estaban desesperados por conseguir droga. Uno de los tipos tenía un puñal envuelto con un papel, y me lo ponía en la boca del estómago, me pedía marihuana, yo le daba a entender en mi mal inglés que no teníamos plata y que regresábamos a dormir al barco. En eso aparecen los griegos de a bordo a defendernos, y los tipos se fueron raudamente, aunque después nos seguían a distancia. Subimos a bordo y nos encerramos en el camarote a dormir. A la mañana siguiente partimos rumbo a la isla de Barbados, cuya capital es Bridgetown, dominio inglés, por supuesto (los piratas se adueñan de todo).

el magnífico caribe

Navegar por el Caribe es magnífico, por el color verde turquesa, íbamos a la proa del *Montevideo* y veíamos cómo los atunes se cruzaban, y los delfines o toninas seguían el buque. Nos quedábamos charlando en la proa, el clima era tropical, muy lindo esos atardeceres en el mar, todo eso, era glorioso, y heroico. Llegamos a Barbados. Después de trabajar salimos a conocer la isla en un jeep con el tipo de la agencia marítima que atendía nuestro barco.

El centro está lleno de ranchos, y hay un puente que cruza un río donde hay una goleta semihundida y comunica la parte nueva de la ciudad con la parte vieja, donde se encuentran los burdeles; el tipo nos dejó allí, en la parte vieja, luego de recorrer bastante la isla, que es muy pintoresca, con cerros y mucha vegetación, y flores; con mariposas enormes, aparte rodeada de playas, con su mar color verde esmeralda. En la ciudad vieja tomamos cerveza, después nos fuimos caminando hasta el muelle. Mientras regresábamos pasamos por donde estaban haciendo un ritual, bailando, alrededor de una hoguera, gente del lugar con atuendos indígenas. En la entrada del muelle había un Shopping donde compramos varias postales de la isla. Y enfrente había una confitería con recreo, y mesas, atendida por negros con saco rojo y pantalón blanco; nos sentamos y pedimos cerveza, bastante buena, y te la vendían bien fría. Lo que me llamó la atención, y me dio bastante asco, eran ratas que pasaban por debajo de las mesas, eran enormes, le dijimos al mozo negro que había ratas, y riéndose nos dijo que era algo normal allí, inclusive no las combatían.

Salimos de Barbados rumbo a otra isla, más grande, dominada por los Yankis, San Juan de Puerto Rico. Habremos navegado 3 ó 4 días hasta San Juan, entramos a la mañana, pasamos cerquita del puente San Jerónimo, una construcción colonial, con murallas y cañones emplazados, que quedó como una reliquia histórica, desde ese fuerte se defendían de los piratas, que pululaban en el Caribe tratando de robarse todo.

Qué hermoso Puerto Rico, el primer día como yo hacía guardia nocturna y trabajaba hasta las 6 de la mañana, a eso de las 10 de la mañana fuimos a las playas de San Juan viejo, Puerto Rico está dividido por la parte nueva y la parte vieja, fuimos en un remise, con el telegrafista filipino, llevamos las mallas y nos fuimos a una playa hermosa, con palmeras, llevamos algo de comer, y escuchábamos la radio Latina, directamente de Nueva York. Estuvimos en la playa hasta el atardecer, después tomamos un micro, “Guagua” le llaman allí, y fuimos a la parte nueva de la isla.

Ah, qué magnífico es Puerto Rico, con su caribe, playas, palmeras y sus cantantes de boleros, el ritmo de salsa, y ritmos boricuas. Al otro día bajamos a tierra con mi amigo el Vasco y un mecánico griego, fuimos a San Juan Nuevo, hermosa ciudad, nos metimos con Francisco en un cine porno, en cinemascopé, con un show en vivo entre películas; me pudrí de ver películas, y nos fuimos a un bar mexicano a comer tacos con cerveza; salimos a recorrer la ciudad, nos metimos en un barrio residencial, con unos chalet hermosos, y luego fuimos a los bajos fondos, e ingresamos a un baile popular, con una gran pista y una barra, larguísimo, amenizaba una orquesta con un cantor de boleros que no le envidiaba nada a Javier Solís. De madrugada volvimos a bordo. Al día siguiente, zarpábamos rumbo a la isla de Jamaica, cuya capital es Kingston. Teníamos

que cargar un tanque con aceite para descargarlo en Nueva York. Navegamos 3 días, y llegamos con un mar de aceite, color turquesa, por parte del Triángulo de las Bermudas, y amarramos.

En el puerto de Kingston había un crucero de la línea Costa, justo en el muelle destinado a los barcos de pasaje. Con el Vasco tomamos un taxi para ir al centro de Kingston, pero al llegar había una manifestación de negros, no sé qué problema había y le ordené al chofer que regresara al puerto, por precaución. En el muelle nos hicimos amigos de unos tripulantes mexicanos que estaban embarcados en un barco noruego, y nos invitaron a su barco a comer y tomar algunas cervezas, estaban amarrados a popa nuestra, en un barco muy bonito. Me llamó la atención las enormes medusas (aguas vivas) de diversos colores que había en el agua, abajo del casco.

un abrazo inmenso como el mundo

Partimos de Jamaica hacia Nueva York, navegamos 7 días, pasamos entre la isla de Cuba de un lado y Haití del otro, muy cerca de las dos islas. Cuba es inmensa, de apariencia volcánica. El mar se mantenía tranquilo, y el clima, por supuesto, caluroso, trabajamos en short, y con el torso desnudo, estábamos bronceados, más los que trabajábamos en cubierta, Papeletero, el chileno Luis, El Wata, y el viejo Andrés, el Vasco estaba blanco, porque trabajaba adentro. Entramos a Nueva York por el East River, que significa Río del Este, íbamos observando los diques donde reparaban buques, del lado de Nueva Jersey, a medida que íbamos entrando, pasamos por debajo del puente George Washington, con el Vasco nos dimos un abrazo inmenso como el mundo; también pasamos por un

muelle petrolero, del lado de Brooklyn, y había restos de dos barcos petroleros que se habían prendido fuego, y explotado, causando muertos y heridos. A medida que íbamos entrando se iban agrandando los enormes rascacielos, con sus torres gemelas, que se inauguraron ese año, aparte se veía a lo lejos la Estatua de la Libertad, no pasamos cerca de la estatua porque entramos por el lado del Este, me acordaba cuando estuve en el año 71, con Pechito y Raulo, en la casa de nuestro amigo, José Gutiérrez, en Trenton.

Fondeamos en el río, cargamos provisiones, y quedamos a la espera de que amarre, junto a nuestro barco, una chata aceitera para que nos descargue, mediante una manguera impulsada por bombas de la chata, para descargar o sea, pasar el aceite que teníamos almacenado en el tanque a los tanques de la chata. Yo me encontraba trabajando en cubierta, en la parte de popa, cuando se acercó una lancha que traía un vendedor griego, el cual me gritó que le tirara una soga para subir dos cajas a bordo con mercadería para vender en el buque. Por haberle ayudado a subir las cajas, me regaló dos camisas de manga corta, una floreada y la otra color marrón, aparte le compré una radio porta magazine, tipo valijita, que al abrirla quedaba la Radio y un parlante, era marca Panasonic, y me costó 50 dólares. A la tarde vino una lancha para bajar la gente a tierra. El capitán nos dio 100 dólares al Vasco y 100 a mí, para que nos vayamos a tomar cerveza a los bares de Manhattan.

Yo me puse la camisa floreada, que me quedaba espléndida, y llevé un pullover en el cuello tejido por mi señora en Bahía Blanca, color verde, por si refrescaba. A las 17 horas vino una lancha a recoger tripulantes por los barcos que estaban fondeados en el río. La lancha nos dejó en un muelle del lado de Nueva Jersey; para salir del muellecito, a tomar un

colectivo, nos cobraron 1 dólar a cada uno. Subimos a un colectivo que nos llevó a un ferry, levantábamos la mirada y teníamos a los torres gemelas enfrente, majestuosas, imponentes, los chilenos venían en el ferry que cruzaba el río a Manhattan pero no le dimos mucha bola con el Vasco, queríamos estar solos con Jorge, un pibe argentino, que era ayudante de cocina. Los chilenos tenían planeado quedarse en Nueva York, junto con el filipino y el griego loco de cubierta, se iban a quedar en el restaurant del hermano de un engrasador griego, que también se iba a escapar. Salimos del hall de la Terminal, y caminamos costeando el río hacia el Puente de Brooklyn, está lleno de pescaderías, y algunas tabernas, y lleno de gatos y vagabundos.

Entramos en un bar de madera, parecido al viejo Bar Unión de Ingeniero White. El dueño del bar nos preguntó si éramos italianos, yo soy nieto de italianos, mi abuelo era toscano, le dije, tomamos 3 porrones de cerveza, y nos fuimos caminando hacia el Barrio Chino, el famoso China Town, pareciera que uno estaba en la China, por la cantidad de amarillos que había. Compré algunos souvenirs: una muñequita chica, un collar de semillas de manzanas, y algunas postales, luego entramos en un bar que estaba en una especie de subsuelo, con un jardín en la entrada.

El bar tenía una barra larga con una vieja borracha mirando un partido de béisbol, nos sentamos en unos taburetes y pedimos cerveza, la botellita valía 90 ctvos de dólar, teníamos a mano una máquina de pasar música y puse un disco, del galés Tom Jones; a Jorge, el otro argentino, lo perdimos entre tanta gente que transita el China Town. Se hizo de noche y emprendimos el regreso hacia la terminal de ferry, que nos cruzaría al otro lado para volver al barco, teníamos hambre, y

nos metimos en una taberna atendida por un español que había navegado en los buques de la Compañía americana More Mac Cormac, según nos comentó él. Éramos los únicos parroquianos, el Vasco y yo. El español nos preparó dos gigantes hot dog (perro caliente) nosotros le decimos pancho, y tomamos cerveza. El gallego nos comentó que a ese lugar sabían concurrir algunos integrantes de las familias mafiosas que hay en la ciudad de Nueva York. El gallego cobraba buenas propinas por guardarles las armas, y después se las entregaba cuando éstos se retiraban.

Nos despedimos del español, y seguimos caminando hacia la terminal. Al ingresar al hall de la estación vimos que estaban los chilenos tomando cerveza en un barcito. En el centro del hall de la estación, un marica bailaba y se iba sacando la ropa. Los pasajeros que esperaban abordar el ferry seguían leyendo el diario, y le restaban importancia, yo pensaba, si este marica hace lo mismo en una estación de Buenos Aires se arma un revuelo terrible; nos sentamos en el barcito con los chilenos, también estaba el filipino y había un italiano, que vivía en Nueva York, sentado en la mesa, invitado por los chilenos, nos explicaba que Nueva York es una ciudad muy peligrosa, que no conviene andar por la calle después de las 21:00 hs y que hay que llevar poco dinero en el bolsillo porque están las patotas de negros delincuentes que te pueden robar y hasta matar, si es posible.

Este italiano vivía solo en la ciudad de Nueva York, alquilaba un departamento en Manhattan, y trabajaba en una pescadería, vivía muy bien. Bueno, abordamos el ferry que nos cruzaría el río hasta el lado de New Jersey, observamos la imponencia y majestuosidad del Puerto de Brooklyn, iluminado, con un tráfico, cruzando de un lado hacia otro, por

un lado y del otro más alejado, la Estatua de la Libertad, iluminada por su antorcha, que le hacía resaltar su color verde. Llegamos y nos tomamos el colectivo que nos dejaría en el muellecito de donde saldría la lancha para dejarnos en el buque. Llevamos un tripulante filipino a un petrolero gigante que se llamaba *Stol Fugí*. Ya a bordo, los chilenos, el filipino, el griego de máquinas, y el loco de cubierta tenían sus bolsos preparados. La lancha los esperaba, yo les ayudé a bajar sus bolsos. Nos dimos un abrazo, y partieron ayudados por la oscuridad de la noche, para no volver y quedarse en Estados Unidos. Nunca más supimos de ellos.

donde estuvo Papillon

A la mañana siguiente, el Capitán notó la ausencia de estos tripulantes, y tuvo que contratar una mujer radiotelegrafista que hiciera el viaje hasta Miami (Florida), donde debía arribar un telegrafista proveniente de Grecia. Llegamos a Miami, luego de 7 días de navegación hacia el sur, entramos por la Bahía Biscayne. Atracamos en un muelle a continuación de la terminal, donde amarraban los buques de pasajeros que navegan hacia las islas del Caribe: Bahamas, Bermudas, Puerto Rico, Haití. Los buques que estaban amarrados se llamaban el *Bermudas Star* y el *Bahamas Star*.

Ese día me fui caminando hasta la ciudad de Miami, quedaba bastante lejos, pero como iba conociendo, y observando lo bello de todo, el camino bordeado de palmeras, me quedé un rato en la terminal de pasajeros, observando el incesante ir y venir de gente en tránsito, que se embarcaba en esos majestuosos buques que navegan por el mar de las Antillas y Caribe (Triángulo de las Bermudas). Seguí caminando hasta

llegar al puente que me dejó en el famoso Boulevard, que me depositaría en el centro de la ciudad. Al cruzar el puente me detuve a observar los lujosos yates que había debajo, me dirigí al Correo de la ciudad, más bien una edificación antigua, pero con un salón muy amplio, me hacía acordar al Correo Central de Buenos Aires, entablé conversación con una señora cubana y su hijo, ellos me indicaron dónde debía depositar la carta para Argentina, salí del Correo y caminé por el centro, me senté en un bar a comer panchos con una cerveza, luego compré banderines, algunas revistas, y recorrí la zona céntrica, hasta que desemboqué en la “Little Habana” (que viene a ser la pequeña Habana), allí residen todos los cubanos, recorrí algunos bares, y charlé con cubanos, algunos extrañaban la isla, otros no aguantaban el régimen, en Miami todos tienen trabajo y viven bien.

Emprendí el regreso por el mismo camino, Miguel bajaba esa noche después de servir la cena, yo tomaba la guardia en cubierta de 18:00 a 6:00 de la mañana. Cuando llegué al buque me presentaron a un muchacho griego muy joven, era el radio telegrafista que había llegado de Grecia. Tomé la guardia, los estibadores, todos cubanos, estaban cargando en la bodega N°1 en proa grandes cajones con instrumental quirúrgico, destinado al hospital Argerich de Buenos Aires, y algún equipo grande, por la dimensión de las cajas. Esa noche hacía calor, en Miami el clima es tropical, yo me llevé mi radio Panasonic a cubierta, y la puse arriba del encerado de la bodega (encerado es la lona que tapa la bodega), sintonicé Radio La Habana, y un locutor decía, vamos a la “Plaza con Fidel”, así se llamaba el programa.

A las 4 de la mañana, más o menos, apareció el Vasco, con una mamúa bárbara, había estado en la pequeña Habana, y en

un bar los trató de cobardes a unos cubanos parroquianos, los incitó a volver a la isla el Vasquito, siempre se metía en problemas, y tenía suerte porque lo perdonaban, les caía bien a todos, sino ya lo hubieran matado. A la mañana siguiente, a eso de las 10 de la mañana, luego de dormir 4 horas, volví solo al centro de la ciudad. Lo hice caminando, como el día anterior, compré un par de slip, visité unos Shopping, compré unas revistas, tomé un par de cervezas y almorcé unas hamburguesas, volví caminando despacito para tomar la guardia.

El Vasco bajó solo a la noche, para volver con resaca a la madrugada. A media mañana del otro día zarpamos, y salimos por la Bahía Biscayne, rumbo a la Guayana francesa, teníamos que entrar y navegar por un río bordeado por selvas, a un puertito precario que se llamaba Lindel, a cargar “bauxita”, que es un mineral en bolitas, habremos navegado 10 ó 12 días, hasta llegar a ese puerto, navegando por ese río, después de Lindel estaba el muelle Cayena, donde estuvo preso, condenado a trabajos forzados, el tristemente célebre “Papillon”. Yo vi la película protagonizada por el actor Steve Mac Queen. En una parte del río hay que parar la marcha y esperar que crezca el río para tener calado, y seguir la marcha.

En esa espera, venían nativos en canoa, de la costa, para cambiar cosas hechas por ellos, como canastos de mimbre, macetas con flores, hasta monitos, nosotros los cambiábamos por mercadería, por cigarrillos, ropa, alguna botellita de whisky, etc. Yo les cambié una caja de cigarrillos por un canasto de mimbre grande, que le vendría bien a Manina para guardar la ropa para lavar.

un hombre lleno de amor y de coraje

Atracamos en el puertito de Lindel, el calor era insoportable. Había unas negritas ofreciéndose en el muelle, hicimos subir algunas, luego bajamos con el Vasco; el guardián del portón de salida, un negro inmenso, al decirle que éramos argentinos, nos decía entre carcajadas: Perón, Perón. Lindel tenía una plaza central, algunos cines, y bares, en una avenida larga, calles de tierra y no había luz eléctrica. Los cines funcionaban con equipos generadores de electricidad, fuimos a un bar de mala muerte, hecho con cañas, creo que de bambú, y el Vasco se puso a conversar con su inglés mal hablado, y yo le dije que personifique a Hitler, los negros se mataban de risa y nos convidaban a tomar cerveza, volvimos a bordo con unas cervezas de más.

Al día siguiente salimos por el río, a mí me tocó hacer timón, íbamos hacia el puerto de Georgetown, en la Guayana inglesa, para cargar troncos, por medio de chatas que los traían.

El Vasco se mandó a tierra, yo no lo pude hacer, porque a las 22:00 horas, teníamos que ir soltando las amarras de a poco, hasta llegar hacia el centro del río, y fondear las anclas a Barba de gato, este término se empleaba en el vocablo mariner, cuando se fondeaban las anclas de poca cruzadas, se hace para que el barco quede bien firme, y las corrientes del río no lo hagan “garrear”, término que se emplea cuando el barco se desliza porque el ancla no hizo cabeza, quiere decir que las uñas de la cabeza del ancla no se aferran en el barro del lecho marino o del río. Le dije al Vasco cuando se bajó que se cuidara y volviera a las 22:00, porque después no se puede bajar más. Ya que íbamos a estar en el medio del río cargando los troncos que tenían como destino el puerto de Montevideo, de Uruguay.

Comenzamos a preparar la maniobra para ir del muelle a la mitad del río y fondear, para esperar la barcaza que traía los troncos con destino a Montevideo. Yo estaba preocupado porque el Vasco no venía y ya eran las 22:00. Íbamos a levantar la escalera, cuando apareció mi amigo, con varias cervezas de más, me tranquilicé bastante.

A bordo teníamos, un práctico negro, grandote y con un uniforme azul lleno de distinciones, me hacía acordar a ese dictador africano, Idi Amin, conocido por sus actos de antropofagia (le comía la cabeza a sus enemigos) estábamos largando las amarras, lentamente, cuando sentí que algo cayó al agua, en popa, y seguidamente la voz del segundo oficial de cubierta que gritaba: Miguelo agua, Miguelo agua, yo largué el cabo que tenía en las manos, me dí cuenta que el Vasco se había tirado al agua, alumbrábamos el río con el reflector del puente, Miguel no se veía, en eso emerge, y se toma de un madero del muelle, que era viejo, y yo recordaba que el Vasco había sido bañero en Punta Lara, un balneario de La Plata, y eso me tranquilizaba, el río era de color marrón, y tenía mucha corriente, aparte barracudas y tiburones habitaban ese río, le grité al Vasco “te tiro el salvavidas”, y él me gritó, “no quiero salvavidas, quiero una caja de cervezas”.

El Capitán ordenó ajustar bien la proa contra el muelle porque el Vasco se había desprendido del madero del que estaba aferrado y la corriente lo llevaba hacia la costa selvática, que estaba enfrente, en eso se siente un chapuzón, el chileno Miguel también se tiró al agua para tratar de salvar al Vasco, unos negros cruzaron una canoa entre el muelle y el buque, para que el Vasco no se perdiera en la inmensidad de ese río, para colmo la corriente lo llevaba con mucha fuerza, estos chocaron con la precaria embarcación y la dieron vuelta, con

negros y todo, así que los dos negros que estaban en esa chalana quedaron en el agua, aferrados a ésta.

Yo atiné de ir hacia el centro del buque y tirarles la escala de Gato, con ayuda de otro marinero, y así pudieron aferrarse a ésta, y empezar a ascender, los dos negros y los dos miguelos. Ni bien subieron a bordo el Capitán ordenó encerrarlo al Vasco en su camarote y entregarme las llaves a mí, yo quedaba de guardia, en cubierta; los negros le reclamaron al Capitán que les pague el valor de un reloj, que perdió uno de ellos cuando cayó al agua.

El Capitán me llamó y me preguntó si el Vasco tenía antecedentes siquiátricos (me decía Miguelo creizi, “loco”) cuando estábamos fondeados en el río, y estaba todo tranquilo, abro el camarote del Vasco y lo encuentro tirado en la cama, boca abajo, y expulsando agua del río por la boca. Le pregunto, Vasco, ¿por qué te mandaste esta locura? y me contestó “para demostrarle a los griegos que estoy lleno de amor y de coraje”.

Me olvidé de relatar que cuando mi amigo estaba en el agua, el Capitán le gritaba que agarre los salvavidas que pasaban cerca, pero él no los agarraba, no quedó un salvavidas en el buque. El Capitán se llamaba *Anoscopulos*, y el Vasco le gritaba Sinescrúpulos, una cosa de loco. A la mañana siguiente amarró al lado nuestro la barcaza con los troncos, y empezaron a cargarlos con una gran grúa, en bodegas y en cubierta, en forma de trojas, dos por tres encontrábamos algún bicho, peludo, arañas, caminando por cubierta, teníamos que tener mucho cuidado.

tres días de temporal y una enseñanza

Terminamos de cargar los troncos en cubierta y bodegas, teníamos que ir a completar la carga de troncos al puerto brasileiro de Belén do Pará, al norte de Brasil, navegamos cerca de la costa, y al cabo de unos días llegamos a Belén, en la Amazonia de Brasil, el calor es insoportable, quise escribir una carta y el papel se me pegaba a las manos debido al calor húmedo. En Belén embarcó un argentino de la provincia de Mendoza, lo embarcaron de mozo de oficiales, porque el que estaba se había quedado en Nueva York, junto con los otros muchachos.

El Capitán no quiso que Miguel bajara a tierra, tenía miedo de que se mandara otra macana, como en la Guayana inglesa. Bajé solo, caminé por un malecón largo, costeano el río, hasta llegar a la ciudad. Me metí en un bar viejo que había en una esquina, pedí una cerveza Antártica, y en eso lo veo al Vasco, parado en la esquina, le grité “Vasquito” y vino al bar conmigo, me contó que el Capitán no quería que bajara, y él se escapó igual, paseamos por la ciudad, que tenía una avenida interminable, llena de bares, cines y prostitutas, regresamos al barco a la madrugada, y al otro día zarpamos rumbo al puerto de Santos, navegamos 5 días y atracamos en Santos; bajé a la mañana, con el griego maquinista, Francisco, era las 10 de la mañana, fuimos a un bar de la rúa General Cámara, y nos fuimos con dos chicas en un taxi, a las casas de ellas, a buscar algo de comida, y sus mallas, para seguir viaje hacia la playa Gonzaga, que es hermosa, nos cambiamos en un vestuario, y fuimos a bañarnos, luego a comer centollas en un restaurante; en la playa están los vendedores de Caipirinha, que es un trago a base de Cashasa y jugo de naranja.

Ya avanzada la tarde volvimos al barco, que se estaba preparando para zarpar, rumbo al puerto de Montevideo, trabajé preparando la maniobra para dejar al buque a Son de mar, término que se emplea cuando el barco queda listo para comenzar a navegar.

Nos sorprendió un terrible temporal saliendo del Golfo de Santa Catarina, y entrando al Cabo Polonio, frente a la costa de Punta del Este, fue una tormenta con olas inmensas y vientos huracanados. Hacíamos guardia de timón reforzado. El Capitán me llevó el colchón al puente, y la esposa de éste le rezaba a un santo griego, y lloraba, yo la verdad tenía algo de miedo, porque pensaba que el *Montevideo* no iba a aguantar las embestidas del mar. El Capitán nos decía a los timoneles, Sigá, Sigá, que en griego quiere decir, despacio, despacio.

Capeamos el temporal 3 días, y 3 noches, que nos parecieron interminables. En las noches de guardia atemorizaban las olas, cómo rompían en la proa, y se venía la masa de agua, y golpeaba en los vidrios del puente, nos tranquilizábamos un poco cuando veíamos el amanecer. Esta tormenta hizo desplegar un petrolero, que estaba fondeado, y lo varó en la costa uruguaya. Por fin vino la calma, y pudimos amarrar en el puerto de Montevideo. Durante el temporal le pregunté al Vasco si sentía miedo, y me contestó: No le tengas miedo a la naturaleza, tenéle miedo a la gente. Él se sentía perseguido por su ideología política, y era la época de la represión militar en Argentina, donde hubo tantos desaparecidos. Le había comentado a Miguel que si nos salvábamos del temporal, íbamos a ir al Mercado Viejo, que está en el puerto y comeríamos una parrillada, y así lo hicimos.

En la avenida 18 de julio le compré una cartera de cuero a mi señora y navegando por el Río de la Plata, al amanecer amarramos en el Dique 3, desde donde habíamos iniciado el viaje. Mi señora y Vilma, la mujer del Vasco, desde el departamento en el 8º piso veían al *Montevideo* cómo entraba al puerto de Buenos Aires, ellas nos estaban esperando en el muelle. Manina se hospedaba en el Hotel Bouchard, frente al Luna Park. Estuvimos un día en Buenos Aires, donde hicimos algunas compras. Fuimos a despedirnos de Miguel y Vilma, con un abrazo grande como el mundo y un largo y afectuoso adiós.

Fin

cartas

Thor [o Fhor] Lunes 21 De Mayo

Querida mamá:

Te mando estas líneas, aunque por la carta que le mandé a Manina, sabrás que estoy bien- perdoná el papel, vos sabés que lo tuve que- pedir, porque no tengo sobres ni papel, vieja estamos navegando a la altura de Manaos, dando la vuelta por el norte de Brasil, y el calor es insoportable, se me pega el calor a las manos por la transpiración, yo me- encuentro bien y fuerte. Manina te habrá- contado, los días lindos que pasamos en- Buenos Aires. A Elba la encontramos- muy bien, y no parecía estar tan nerviosa como antes- Hace un rato me acabo de enterar que en Buenos Aires hubo una manifestación- Peronista, y los militares mataron a 25 ¿ES VERDAD? No te escribo más porque no tengo más papel- y aquí nadie tiene nada. Escribanme a esta dirección

ROBERTO ORZALI

M/V MONTEVIDEO

HOLT SHIP INC

17 BATTERY PLACE ROOM 2.922

NEW YORK 10.0004

U.S.A

CONTESTEN RAPIDO

Cuidense- muchos cariños a papá tu hijo que te quiere mucho

ROBERTO

ULTIMOS

EN EL GAUCHO

VIAJES

**5. ÚLTIMOS VIAJES
EN EL *GAUCHO LAGUNA***

HO LAGUNA

últimos viajes en el *Gaucha laguna*

Volví con mi mujer a White, a la semana me llamó por teléfono el señor Juan Calcagno, jefe de personal de la empresa Gotas Larsen, y me dice que por favor me integre a la tripulación del buque cerealero y mineralero, *Gaucha Laguna*, que venía en viaje para Ingeniero White con un marinero menos, ya que se había accidentado una mano con la tapa de una bodega, no me pude negar, y salí con el *Gaucha Laguna*, cargado de trigo rumbo a Italia, en el buque me encontré con algunos conocidos, como el petiso Yoberno, habíamos estado juntos en un remolcador, Hugo Piñeiro, conocido del barrio de La Boca, y un tal Benítez. El *Laguna* era un barco con una eslora de 210 metros, y tenía 9 bodegas, sin plumas, un Bulk Carrier, con camarotes individuales y grandes, muy cómodos, además se comía muy bien.

Navegamos por el océano Atlántico, hacia el norte, nuestro lugar de destino eran las islas del Cabo Verde, debíamos cargar combustible, y provisiones en una de ellas que se llamaba San Vicente, estas islas están situadas cerca de la costa africana, y son de dominio portugués, se habla portugués, llegamos a San Vicente luego de haber navegado 15 días con buen tiempo, quedamos anclados en la bahía, que es hermosa, por sus montañas volcánicas, un paisaje digno de ver. Bajamos a tierra en una lancha a conocer un poco, yo tenía que volver porque tenía que tomar la guardia en cubierta. Zarpamos de Cabo Verde rumbo al puerto español de Tarragona (España), pertenece a Cataluña y está cerca de Barcelona, sobre el Mediterráneo. Llegamos y fui al correo de la ciudad, que es hermoso, para enviar una postal a mi familia, y de paso hablar por teléfono con mi señora. Tarragona tiene un boulevard, una avenida ancha, que desemboca en un hotel 5 estrellas, y desde

allí se observa el mar Mediterráneo, con su costa dorada como le dicen, yo tenía la guardia de cubierta de 18.00 a 6 de la mañana. Al otro día me fui con Benítez a recorrer las playas de la costa dorada, estaban llenas de nórdicos que buscaban el sol y el calor de esas playas, dado que ellos carecen de todo eso. Bueno, la pasamos bien en España, íbamos al cine, a las corridas de toros, y comíamos sus famosas sardinas, en el puerto te las sirven en una tablita, con un buen pedazo de pan y un botellón de vino tinto. Salimos de Tarragona rumbo al puerto de La Spezia, en Italia, entramos por la Bahía de La Spezia, dejando, cerquita, y a la vista, Puerto Venere y Lerici.

En La Spezia hay muchas bases militares, sobre todo de la Marina de Guerra, se ven uniformados por toda la ciudad, es muy pintoresco, con boulevares y recovas, rodeados de palmeras, íbamos al cine, compré un cuadro hermoso de un artista, hechos con conchillas de mar, hecho por los presos de la prisión, con Benítez tomamos el tren, y nos fuimos a Viareggio, que pertenece a la región de Toscana, que es donde nació mi abuelo Roberto Orzali, pasamos el día en la playa y nos volvimos en el Expreso París, que iba hasta Francia.

Volvimos de Viareggio, a La Spezia, en el Expreso París, estuvimos 1 semana descargando trigo. El sistema de descarga es muy antiguo, se trabaja con tolvas, y después se carga en los camiones, por ese sistema el barco demora mucho en descargar, en Italia cierran los restaurantes y bares a las 22.00, solamente quedan abiertos los cines hasta las 00.00 hs. Fui a ver una película que me gustó mucho, se llamaba “Una Donna e un canaglia”, que quiere decir, Una mujer y un canalla.

Salimos del puerto de La Spezia, rumbo a otro puerto italiano, cuyo nombre es Civitavecchia, es un muelle viejo, con

el mismo sistema de descargas de La Spezia, cada barco tarda 12 días en descargar el cereal, y teníamos muchos buques adelante nuestro, esperando atracar, para la descarga quedamos fondeados, esperando nuestro turno, la lancha venía todos los días, a las 5 de la tarde a buscarnos para llevarnos a tierra; nos hicimos habitué de una trattoria que pertenecía a una familia de apellido Mentana, estaba situada en el puerto de pasajeros que embarcaban para trasladarse a la isla de Córcega, en los buques *Ciudad de Nápoles* y *Ciudad de Génova*, y muchos pasajeros cenaban en la trattoria de Doña Mentana; Civitavecchia queda a 40 minutos de tren de la ciudad de Roma.

Fuimos a conocer con Hugo Piñeiro y Benítez, estuvimos en el Vaticano, La Piazza de San Pedro, el Foro Romano, el Coliseo, Plaza España, La Fontana di Trevi. En el Coliseo encontramos un matrimonio de La Plata, me llamó la atención la cantidad de gatos que había en su interior, todavía conserva los laberintos que estaban debajo de la pista, por donde salían leones, a pelear y devorarse los esclavos, de la época del rey Nerón.

La Iglesia de San Pedro es algo digno de conocer, sobre todo observar las pinturas de Miguel Angel, no me imagino cómo podía pintar en ciertos rincones de la parte alta, de la basílica, luego vi el cadáver embalsamado de un papa, en el costado de la Iglesia, creo que era Pío IV, estaba custodiado por la guardia suiza del Vaticano. Le compré un rosario a mi mamá, y luego fuimos en un mateo a pasear por Roma, conocí la Fontana di Trevi, donde la gente tira monedas, estuvimos en el Foro Romano, donde estaban los calabozos, que tenían a los prisioneros, antes de echárselos a los leones (estuve 3 veces en

Roma). Viajando de Civitavecchia, que significa ciudad vieja, es una ciudad puerto, con cerros, llenos de viñedos, yo me hice amigo del lanchero, quien me invitó a pasar el día en su casa arriba de los cerros, y me hizo conocer sus viñedos. En la trattoria de Doña Mentana me sentaba en la mesa familiar, hicimos amistad con ellos, ya que estuvimos dos meses esperando el turno para descargar. La despedida fue muy emotiva, cuando el *Laguna* iba saliendo nos despedían con los manteles desplegados de la terraza de la trattoria.

Yo sentí una profunda emoción a medida que el barco se iba alejando, teníamos que cruzar todo el Atlántico norte, hasta el puerto de Baltimore en Estados Unidos, se calculaba que en 15 días lo cruzábamos con buen tiempo, pero al salir del Estrecho de Gibraltar soportamos un temporal que nos hizo salir del rumbo por varios días, y eso nos demoró, por eso tardamos cerca de 22 días para llegar a Baltimore (Maryland) donde debíamos cargar mineral de hierro y completar la carga en Norfolk, Estado de Virginia, con destino al puerto de San Nicolás, en la República Argentina, el carbón tenía como destino la siderúrgica de Somisa.

A San Nicolás se entra por el río Paraná, y vienen dos barcos alijadores de la empresa. Baltimore pertenece al estado de Maryland, y está cerca de Washington, se aproximaban las fiestas navideñas. Estábamos en los primeros días de diciembre, y al Capitán se le ocurrió que mediante el uso de rasquetas sacáramos el musgo y crustáceos que estaban adheridos en el casco, debajo de la línea de flotación, producto de haber estado tanto tiempo fondeados en el puerto de Civitavecchia (Italia). Empezamos a realizar el trabajo con rasquetas, luego desde el muelle, pero para sacar el musgo debajo de la línea de flotación teníamos que tirar los botes al agua, para poder terminar el

trabajo. El buque, con el casco sin ese material adherido, desarrollaba más velocidad, y así podríamos llegar a la Argentina para las fiestas. Hacer ese trabajo, de noche, y con botes en el agua, no está permitido, por eso llamamos por teléfono al SOMU, que es el Sindicato de Obreros Marítimos Unidos, que en ese tiempo se encontraba en la Boca. Nos atendió el delegado de la parte de cubierta, o sea marinería y le comentamos el trabajo que quería que hiciéramos el Capitán. Puso el grito en el cielo, y nos dijo que no tocáramos nada, porque ese trabajo no estaba permitido hacerlo en esas condiciones, son trabajos que se realizan cuando el buque ingresa en diques secos, para su reparación. El Capitán, cuando se dio cuenta que no estábamos haciendo ese trabajo, nos citó en el puente de mando, enojado, y le comentamos que llamamos a nuestro sindicato.

Con las novedades expuestas, aparte le dijimos al Capitán que nuestra libreta de embarco es una documentación muy valiosa y que la podríamos perder por hacer ese trabajo. Esa noche fuimos a conocer la Baltimore Street, famosa por sus cabaret, bares, prostitución y pornografías, fuimos a ver Topless, mientras tomamos unas cervezas, es hermoso andar por esas calles llenas de bares, mientras cae la nieve, en forma lenta.

En Baltimore cargamos mineral, y fuimos a completar la carga al puerto de Norfolk, Estado de Virginia, donde está la famosa Base Naval, fondeamos frente al puerto y fui a tierra en una lancha, en compañía de Benítez, el engrasador. Tomamos unas cervezas en un bar donde también había Topless, por hippies nos llevaron en un coche destartado, lleno de latas de cerveza, hasta el centro de Norfolk, compré tarjetas navideñas, fuimos a un bar donde eran todos gay. Luego fuimos a un cine,

y luego recorrimos la ciudad, tomamos un colectivo que decía Norfolk Naval Base, y nos dejó donde estaba amarrada la lancha, pero no venía el lanchero, nos metimos en un bar, para ver si encontrábamos al lanchero, y allí nos dijeron que el *Gaucho Laguna* había entrado al puerto. Tuvimos que tomar un taxi, y decirle al chofer el nombre del barco.

Estaba en la barra de un Bar Topless, con mi amigo y compañero de cubierta, Huguito Piñeiro, un tipo hipersensible, poeta, soñador, muy culto y también adicto al alcohol, toda la tripulación, lo quería mucho; en Civitavecchia estábamos colgados de dos guindolas (asientos que se van levantando o bajando con sogas y sirven para poder pintar los palos y casco del buque). Estábamos lavando el palo mayor, colgados de dos guindolas, y Hugo me decía: En el mundo no tendría que existir el género humano, sino los pájaros, los peces y todo el reino animal.

Salimos del bar, estaba haciendo frío y nevaba, ya hacía varias horas que andábamos recorriendo esos tugurios, y decidimos volver al *Laguna* a dormir, le preguntamos a un patrullero dónde había parada de taxis, y ellos decidieron llevarnos al barco, de puro gentiles, los invité a tomar algo en el buque, y nos respondieron que no podían porque estaban de servicio, nos saludaron y se fueron a seguir patrullando. Éste se iba comunicando con la central de taxi, y estos le iban indicando por medio de la policía marítima, en qué sitio podría estar atracado el *Laguna*, ya que los muelles son inmensos, y llenos de barcos, al fin lo encontramos, se estaban cargando provisiones, y luego teníamos que ir a otro muelle a terminar la carga del mineral. Al otro día fuimos al negocio de un cubano que vende de todo, yo me compré una radio, tipo

bola, marca Panasonic; al centro de Norfolk, volví a ir, pero esta vez solo. Entramos en el muelle donde se carga el mineral, completamos, y zarpamos rumbo a la Argentina, hacia el sur. Tardaríamos 22 días, hasta el puerto de San Nicolás, navegamos por el Atlántico, Mar Caribe (parte del Triángulo de las Bermudas).

En el *Laguna* teníamos una pileta de natación, y después de pintar (veníamos pintando toda la cubierta), nos zambullíamos a disfrutar, la pileta la llenábamos con agua de mar, frente a Recife, Pernambuco, tuvimos una rotura de dos pistones, hubo que cambiarlos con mar de fondo, tuvimos un principio de incendio, si no se arreglaban los pistones iba a venir un remolcador, a llevarnos al puerto de Recife, para hacer la reparación, pero no hizo falta porque se pudieron reparar. El 4 de enero fue mi trigésimo primer cumpleaños, y me lo festejaron en navegación, con una fiestita hermosa, en nuestro comedor, bajó el Capitán, y los oficiales, aparte mis compañeros, me regalaron un par de gemelos, un cenicero con la forma de la chimenea del *Laguna*.

Estábamos tomando, a la madrugada, y Hugo Piñeiro se levantó de su silla y tras pedir permiso, dijo: me retiro a mi camarote a meditar. Así llegamos al Río de La Plata, vinieron dos buques alijadores a quitarnos carga para poder tener calado para navegar por el río Paraná, hacia el puerto de San Nicolás, donde estaba mi amada esposa, esperándome.

fin del viaje

cartas y postales

10 de septiembre-1973-

querido hijo mio:

esta mañana recibimos las cartas de “Cabo verde” Manina y yo- cuando la petiza sintio el cartero salió como una bala ¡que alegría querido cuando vi que me habias escrito una carta! Me diste como una fuerza renovadora para estar contenta, después se la dí a Manina para que la leyera- Siempre te recordamos tanto hijo querido- Con Manina miramos televisión y charlamos y sobre todo de tus “payasadas”

Nos alegamos con papá estés bien en el buque con compañeros buenos, buena comida y que no fumás; vas a ver como te vas a poner de bien, tu salud sobre todo- Cuidate el oido; ojala hijo querido puedas acomodarte [¿?] con Calcagno, que es lo que conviene a tus planes, para así acomodar tu futuro con Manina- Siempre mamá te desea lo mejor para ti y Manina, que puedan estabilizarse juntos y sean siempre felices
Ayer Domingo vino Lica y José en el auto y nos fuimos a pasear con papá- Manina estaba en Bahía, habia ido a lo de Amelia que está muy enferma; parece que no es nada bueno, ojalá que no sea así, pero mañana la lleva Roberto a Bs Aires al Instituto del diagnóstico. Decime hijo a que lado de Italia van, hay que vacunarse por la epidemia de Colera que hay, no bajen del buque hijo, yo creo, que hay medidas rigurosas. A mi me da mucho miedo tienen que vacunarse hijo. No dejes de hacerme alguna cartita, siempre te llevo en mi corazón y rezo por ti pidiéndole a Dios y la virgen que te amparen. Manina me llama para tomarme las medidas de una pollera, compré el género y Mani me la hace, siempre sale mas barato.

Papá te manda un gran abrazo, está muy bien siempre se va a caminar. Yo ando bien, lo mismo Manina

Té abraza con toda el alma tu mamá que jamás te olvida- cuidate siempre hijo mio, te adora

Mamá

Después te escribe Manina

Chau pichón hoy tengo lección y ya vienen los borregos-

Ing. White 16 de Octubre de 1973

Señor Roberto Orzali

Roberto, te estoy escribiendo unas lineas de la oficina como ya te daras cuenta, hayer estube con tu familia celebrando el año de matrimonio de tu mujer comiendo y tomando una sidrita.

Espero que te encuentres bien, me entere que todavía estas en Italia rumbo a Estados Unidos y recién para diciembre llegaras para la Argentina.

Esto dias estoy muy colifa, el otro dia visite a Carlitos Aguirre, y tomamos unas copas tambien lo veo de vez en cuando al gordo Norman, esta muy laburador con su pintura, Sabes con quien estube el otro dia con el Vasco, se vino de buenos Aires con la bicicleta, para votar se agarro un mameluco barbaro con el Carlitos.

Tengo poco que contarte como ves, esto sigue siempre igual, tus viejos estan muy bien, y manina los cuida bueno ya sabes.

Te mando un abrazo, chau el loco Pastilla.

Datos del sobre:
RET. Jorge Rodríguez Pastilla
Frente a la Cancha de Comercial
Ing. White
San Martín N° 3392
Señor Roberto Orzali

12/11/73

Civitavecchia Italia

Querida mamá

Recibí tu carta hace unos días, con mucha alegría, llegó con 20 días de atraso junto con dos de Manina, se ve que Calcagno no las manda rápidamente, espera juntar muchas y luego las envía, por eso se demora. Nos faltan 5.000 toneladas para descargar, operación que se realiza en dos días de trabajo, pudiendo así salir dentro de dos días para Estados Unidos (son 14 días de viaje); pero para desgracia nuestra, hoy el puerto hizo un paro de 72 horas, quiere decir que recién podríamos salir el sábado o lunes de la otra semana. Hoy trajeron Pan Dulce de la pastelería, así que las Navidades parece que las vamos a pasar a bordo pero para Año Nuevo voy a estar con ustedes seguro, todos los muchachos estamos bastante decaídos por estas novedades, a parte en este puerto y fondeados van a hacer dos meses que estamos, es mucho tiempo suerte que Roma esta cerca, y pude ir un par de veces, conocí mucho, El Vaticano, San Pedro, El Coliseo, el Foro Romano, las Catacumbas, La tumba de Victorio Emanuele.

Ví a los Papas muertos embalsamados en sus tumbas, el Vaticano, digo la Iglesia San Pedro, se puede entrar siempre, las pinturas de Miguel Angel cuando entras a la Iglesia te dejan helado, son las obras de arte mejores que pueden haber en el mundo, estuve también en la Cupula de la Iglesia San Pedro, me cansé de subir escaleras, te compré un Rosario adentro- del Vaticano, Bueno ya estuve dos veces en Ciudad del Vaticano, tenes que ir un mes seguido para conocer todo.

El Domingo estuvieron a bordo todo el día. El cónsul argentino de Roma (estuvimos hablando de tangos) El embajador argentino de Ciudad del Vaticano y un agregado naval mirá que tres personajes y nos consiguieron para este miércoles una entrevista personal con el Papa por intermedio de la embajada, el problema es que tienen que ser 12 personas, y quiere ir toda la tripulación, por eso van a

sortear 3 personas de cada sección, en una de esas la pego y puedo saludar al Papa personalmente y pedirle por ustedes

Mamá, decile a Manina, que me compre cien dolares en una casa de cambio y que vaya a la Agencia Walsh y en la agencia que le diga al Señor Ferreira que por favor, se comuniquen con Calcagno cuando se comuniquen, que le digan a Calcagno que la esposa de Orzali tiene 100 dólares, que le pidió el esposo por carta, y que quiere que por TELES- le informe al Capitán que cuando llegue el barco a Estados Unidos que el Capitán me entregue los 100 dólares la Agencia Walsh se encarga luego de girarle los 100 dólares a Calcagno.

(Esta plata la necesito para comprar un televisor) que en Argentina vale como 500.000 pesos y aquí cuesta 100 dólares).

*Espero todo salga bien, y que Manina tenga ese dinero sino mala suerte pero sería una pena porque el televisor es una Pichincha y nosotros lo necesitamos, y allá son muy caros.
Besos a papá a vos mami y a mi Manina.*

Roberto

Carta de Miguel Oroquieta a su amigo Roberto Orzali

Viernes 7 de diciembre

Un año es mucho, pero es la única manera de ahorrar un peso. Estoy preparado para un año de navegación, tengo ahedrez, algunos libros y mucho papel para escribirle a todo el mundo.

PARA Roberto especialmente

Roberto: UNO se embarca porque le gusta y las dudas las disipa en el océano, es decir, el hombre se convence en la marcha. El destino está en el amor y las sinceras intenciones que uno pone a favor de los desgraciados, tristes, valientes y solitarios que asoman sus cabecitas en los océanos.

El Vaskito será marino o no será nada. A los 32 pirulos no me queda la menor duda.

Roberto, me acuerdo cuando era chico y mi viejo me llevaba al puerto, recuerdo los mástiles vistos desde lejos, el olor a petróleo y el horizonte marino. Me acuerdo del muelle de palos cuando mis zapatitos inseguros los cruzaban con temor. En fin me acuerdo de un pasado en quella ciudad marítima que en este momento es una realidad gloriosa para mi.

Una realidad donde todo lo que soñé, junto al inmenso amor que nos tenemos con Vilma se transformaba en la cosa mas linda que le puede pasar a un ser humano.

Adiós Roberto y Manina

Manina enviácela al Puerto más cercano o dasela personalmente.

Para Roberto:

Miguel PASA PARA VAPORE GREGORIA

Adiós hermanito!!!!!!!!!

Ojalá tengamos suerte los dos

15 de Septiembre de 1973

Queridos padres, junto a esta carta
de la Spezia, Les envío un gran-

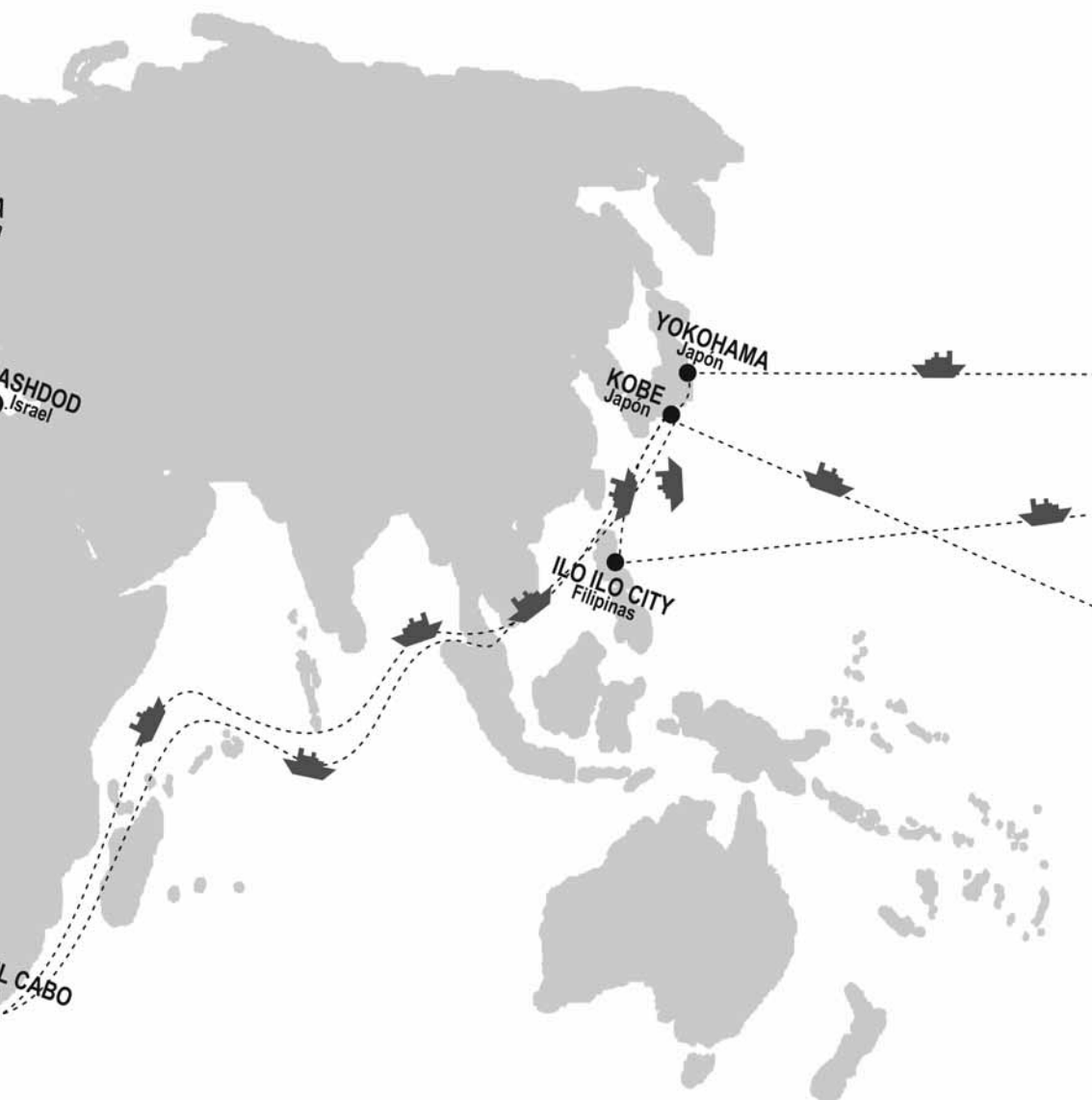
abrazo y muchos besos, estoy siguiendo
de paso la tragedia de Chile -

tenemos la bandera a media asta por los
momentos, más ha conocido muchos lo que paso
lo mismo a todos los países europeos →




Os quiere mucho

Roberto





Plano de viajes

-  Viaje en barco
-  Viaje en avión
-  Viaje en colectivo

Presentes del *ahí*

Analía Bernardi

Dos meses en Civitavecchia, 26 días en Ilo Ilo, un mes en Copenhague: hacia fines de los años sesenta, principios de los setenta, la época en la que Roberto Orzali realizó estos viajes, la tecnología de las embarcaciones y la infraestructura portuaria no se habían desarrollado aún lo suficiente como para reducir al mínimo posible el tiempo en puerto y volver, de ese modo, más rentable la actividad. Las estadias en los muelles eran, por tanto, prolongadas.

El tiempo en el que el barco permanecía cargando y descargando (y la espera previa de lugar en el muelle) se dividía, a su vez, en tiempo de trabajo y tiempo de ocio. Entre guardia y guardia, Roberto Orzali bajaba a pasear, solo o acompañado. Y si bien salía a recorrer la ciudad o el pueblo en el que se encontraba, su actitud distaba mucho de la del turista: por empezar, no investigaba acerca de los sitios emblemáticos del lugar al que el barco se dirigía (los sitios de folletería, los que *hay que* conocer); no visitaba las oficinas de turismo en busca de información; no se preocupaba por conseguir algún plano que le permitiera organizar su recorrido. Roberto Orzali desembarcaba y salía a deambular por algún barrio, por alguna playa, por algún mercado. Contaba con el necesario adelanto monetario que le solicitaba

al capitán, y la confianza en lo que pudiera depararle la caminata. La errancia es socia de la casualidad. De estos paseos no convencionales ni marcados de antemano, provienen los *souvenirs*, objetos que, como la Real Academia Española define, ‘sirven como recuerdo’, pero que, contrariamente a la misma definición, rara vez dan cuenta por sí solos de que son fruto ‘de la visita a algún lugar determinado’.

Roberto Orzali no era impulsado por una actitud de coleccionista: no buscaba minuciosa y exhaustivamente *el* objeto particular que viniera a completar una serie, sino que más bien se topaba con uno u otro. Más que de una búsqueda, se trataba de un encuentro, un encuentro fortuito si se quiere. De ahí que la “Colección Orzali” carezca, al menos en apariencia, de un criterio de serialización: hay una pamplona cuyo pico, desgastado por el uso, debió ser encintado, un cuadro de San Antonio con marco artesanal de caracoles y conchillas hecho por los reclusos de un presidio de La Spezia, Italia, un termómetro del Empire State Building de Nueva York, de diez centímetros en metal pintado de dorado, algunos collares de semillas de manzana jamaicana, un par de canastos de mimbre trenzados, ofrecidos y vendidos por los indígenas del Río Merara, en Georgetown, una muñequita china comprada en Nueva York. La reunión de estos objetos en una “colección” no se debe a alguna característica en común inherente a los mismos, sino al hecho de que todos en algún momento se cruzaron en el camino del Chapa Orzali. Son el resultado del azar y la elección. Y esta elección se explica tanto por el gusto, como por el bolsillo: “*un souvenir, si es barato, un souvenir, para tener en casa. Un souvenir desde España*”. Lo barato,

entonces, como condición *sine qua non* para que esos objetos se conviertan en *souvenires*.

Una vez incorporados al paisaje habitual, y más o menos privado, de la familia Orzali, los *souvenires*, a diferencia de los sitios de los cuales provienen, pueden ser visitados con frecuencia. Podría decirse que Roberto Orzali convive con los *recuerdos*: los descubre al abrir un ropero, los mira colgados de la pared del dormitorio, los acomoda en los muebles del comedor.

Al tiempo que en la intimidad activan la memoria por el tacto y la vista, los *souvenires* también son objetos para ser mostrados a familiares, amigos, vecinos. Son la prueba tangible de que se estuvo "ahí", el ancla material que otorga al relato carácter de verosímil. Y sin embargo, esta condición es reversible, porque el objeto - souvenir, aún cuando lleve la inscripción 'Recuerdo de', no alcanza por sí solo para dar cuenta del mundo del que proviene. Para confirmar su carácter testimonial necesita de la memoria actualizada en la palabra. Así, el souvenir dispara y legitima un recuerdo puesto en relato, y el relato saca de la mudez al objeto y lo instala en un mundo (lo vuelve, propiamente, *souvenir*).

El Chapa muestra el objeto y el objeto, pareciera, le y nos devuelve una experiencia singular: tratándose de la pamplona que compró en el mercado marroquí de Tarragona, el relato parte del objeto y deriva a los 'pedalines' que se agarró en el viaje de vuelta; si con una mano toma la estatuilla del Empire State Building, con la otra señala el mirador desde el cual vio

toda la isla de Manhattan; y si toca la canasta que cambió por un cartón de cigarrillos en Lindel, los que desfilan por el relato son el Vasco Oroquieta, Papillón, Steve Mc Queen, y Perón.

Porque adornan, porque fueron usados hasta romperse, porque derivan de ese mundo, porque de algún modo traen al presente lo que pasó, los souvenirs hacen del *recuerdo* no sólo un sustantivo, sino también un verbo.

un souvenir, si es barato, un souvenir, para tener en casa. Un souvenir desde España.

Pamplona

Tarragona, España. Única visita. Viaje con el *Gaicho Laguna* llevando cereal (10° viaje).

Me he agarrado mis buenos pedalines, cómo no!, en el barco, en el viaje de vuelta, hasta el whisky le poníamos. Acá también la usé, hasta que se rompió el piquito.



andábamos esperando el tren para Boston

Termómetro con forma del Empire State Building

New York, Estados Unidos. Segunda visita, justo para la inauguración de las torres gemelas. Viaje en el *Gaicho Laguna* (10° viaje).

andábamos por la terminal y ahí nomás miré, tac, voy y le digo 'mirá donde estamos', 'uy', la quinta avenida. Y entramos, '¿se puede conocer arriba?', 'dale, un dólar, one dólar', ascensor, un café arriba, las nubes por abajo, un espectáculo (...) no íbamos expresamente a eso, andábamos esperando el tren para Boston...





Soy creyente, normal, pero no soy fanático, soy más realista.

Cuadro de santo

La Spezia, Italia. Viaje con el *Gaucha Laguna* llevando cereal (10° viaje).

Che, eso es de Italia, los presos. Esto lo hicieron los presos de una cárcel en Italia, no me acuerdo qué nombre. Está hecho en un presidio (...) Y, pintado por los presos, todo por los presos, todo con conchillas de mar, ¿ves?



¡Ah!, esa la traje de las Guayanas

Canasta de mimbre

Lindel, Guayana inglesa. Única visita. Viaje con el *Montevideo* para cargar bauxita (9° viaje).

... eso está hecho por los indígenas, los que viven a la vera del Río Demerara, en Georgetown, en la selva, hay una parte que hay poca agua y el barco tiene que parar y vienen en canoa, y te dan esa canastita y vos les tirás un cartón de cigarrillos, 'chance, chance', vienen con macetas, con flores, con monos, monitos, vienen en canoa.



...le señalé la muñeca, 'how much?'

Muñequita china

Barrio Chino de Manhattan, Nueva York. Primer visita, en compañía del Vasco Oroquieta. Viaje en el *Montevideo* para descargar aceite comestible (9no viaje).

El barrio chino es hermoso, tenés de todo, restaurantes, tiendas, movimiento, parece la China, todo chino. Es muy típico, muy exótico... Conozco varios barrios chinos, en todo el mundo hay barrios chinos, se llaman China Town, en inglés China Town. Y la compré ahí a la muñequita.



...y me hicieron una fiesta de cumpleaños, me regalaron esa chimenea, más un par de gemelos, un corbatero, cositas así

Cenicero con la forma de la chimenea del Gaucho Laguna

A la altura de Recife, Brasil. Volviendo en el *Gaucho Laguna* con mineral para San Nicolás (10mo viaje).

...me acuerdo que yo lo estaba esperando acá en White y cuando entró se llevó el muelle por delante, una mala maniobra, metió la proa en el tinglado de los elevadores viejos, tembló todo, yo pensé que se caía el muelle, se abolló un poco.

Vida, papel y pasión

Marcelo Díaz
Analía Bernardi

Este es un libro que habla de viajes por los siete mares y los siete continentes, que recorre puertos y canales, metrópolis y selvas. Este es el libro de un pez volador, *a flying fish*, como bautizaron al marinero whitense Roberto Orzali, allá por el año 69, los compañeros de su primer viaje de ultramar. Este libro, sin embargo, empieza en un escritorio de la Asociación Médica de Bahía Blanca, lejos de oleajes y tormentas, en el año 93, donde Roberto Orzali trabaja como sereno. Allí, sin más que hacer de 22 a 06 horas, en silencio, y con una luz tenue sobre el escritorio, los borradores con el rótulo "Asociación Médica" comienzan a llenarse de nombres e historias: Marruecos, Pechito, New Jersey, FBI, naranjas, chatarra, motorman, Yokohama, Toyota, Pinda, Copenhague, bananas, Puerto Montt...

Marinero durante gran parte de su vida, Roberto Orzali aceptó el puesto de sereno de modo de llenar un hueco de seis años y monedas en sus aportes previsionales, y así poder jubilarse. Ese lapso de tiempo sin aportes es el que corresponde a los 10 viajes (1967 – 1973) que se narran en este libro. 10 viajes realizados en seis años, rememorados y puestos por escrito en las largas noches en vela:

*Y estaba solo ahí, en la penumbra, una
tranquilidad en la Asociación Médica,*

escuchaba música suave. Papel, ahí te sobran papeles, escritorios, lapiceras de todas las que vos querés. Y me puse a pensar y a escribir. Hojas a patadas, todos los escritos viste que dicen Asociación Médica, ¿no dicen? (...) Pensaba mi vida y la narraba, narraba lo que había hecho, los viajes. Me acuerdo de nombres de lugares, tengo buena memoria. (...) Y aparte como me gustaba la vida que hice, escribía con pasión.

Memoria, y pasión para traer del pasado lo vivido en los viajes por el mundo, pero también tiempo. El tiempo muerto de la actividad del sereno, el tiempo del tedio, es el que despierta la necesidad de la escritura y a la vez la hace posible. Así el sereno Orzali, solo en ese lugar en penumbras, en esa suerte de paraíso de la abundancia del cronista que es la Asociación Médica, se vuelca al papel para recuperar, objetivada, la historia que se inicia en el puerto de Ingeniero White, donde un Orzali veinteañero y desocupado “hace muelle”

Tu ruta es mi ruta

Recorrer las agencias marítimas para hacerse conocido, preguntar si se necesita gente en los buques que entran al puerto, o ya están atracados; o directamente buscar a los capitanes y consultarles acerca de la disponibilidad de algún puesto de trabajo, eran las acciones que incluía la práctica de ‘hacer muelle’, una manera de autogestionarse el trabajo.

De este modo empezó la historia de Roberto Orzali como marino mercante. Así consiguió su primer embarque en el *Argentinian Reefer* de la empresa dinamarquesa J. Lauritzen, que en 1967 transportó peras, manzanas y uvas desde White a Hamburgo.

Así dejaron su marca en la libreta de embarque, del 67 al 73, otros nueve buques: *Chilean Reefer*, *Río Negro Valley*, *Dum Drum Bay*, *Tropero*, *Gaucha Laguna*, *Cacique Catriel*, *Aegis Kingdom*, *Rosario*, *Montevideo* pertenecientes a navieras como la sueca Johnson lines, o la noruega Gotas Larsen, las griegas Papalius y Takis Contogeorgis, e incluso la argentina Botachi. En total diez buques que llegaron a White (en algunos casos en varias oportunidades) para cargar cereales, cajones de fruta, ganado en pie, papas, ajo, entre muchas otras mercancías (siempre materias primas orgánicas).

Trabajando en estos buques graneleros, mineraleros, frigoríficos, o de carga general, la posibilidad de vivir una "aventura" se entrama, para Roberto Orzali, con el tráfico internacional de mercancías de uno a otro extremo del mundo: cereal, manzanas o peras de White a Civitavecchia (Italia) y Hamburgo (Alemania), naranjas de Tánger (Marruecos) a Riga (Letonia), bananas de Machala del Oro (Ecuador) a Yokohama, camionetas de Yokohama (Japón) a Los Ángeles (Estados Unidos), azúcar de Ilo Ilo (Filipinas) a las refinerías de Boston (Estados Unidos).

Si uno sigue en un mapa los viajes que Orzali relata en este libro, repara en las cargas que transportan los barcos, junto a los puertos de embarque y los puertos de destino, podría

hacerse una idea aproximada de cómo era la división internacional del trabajo entre la segunda mitad de los 60 y los primeros años 70.

Un viaje es cuestión de tiempo

Ahora bien, uno podría esperar que un libro que habla de diez viajes de ultramar dé cuenta de un modo más o menos exhaustivo de la vida a bordo, sin embargo Orzali le dedica, en la escritura de los viajes, una atención mínima a los períodos de navegación para concentrarse mayormente en las estadías en los distintos puertos.

Lo que se recuerda no es el día a día a bordo y los trabajos cotidianos, salvo en contadas excepciones; antes bien la narración se activa con los pies en el muelle, ahí aparecen comidas, canciones, amistades ocasionales, recorridos erráticos, cabarets, bebidas, eventuales peleas. La experiencia de marinero va a contrapelo tanto del recorrido turístico comercial estandarizado como de la actividad económica del transporte marítimo: el negocio de los barcos es navegar, el tiempo en puerto, en la medida en que se prolongue más allá de lo deseable, es tiempo económicamente perdido. Pero es precisamente ese tiempo, perjudicial para el negocio, el que nutre la experiencia que del mundo hace Orzali: paradas de días o semanas en algún puerto, al cual se baja luego de cumplir el turno. Y una vez abajo esperan los bares, la música, los paseos, la posibilidad de algún encuentro impensado, la aventura. La experiencia de Orzali se produce en el “mientras

tanto”, en el tiempo que pasa entre el arribo y la descarga, en la espera de lugar para atraque, es decir en el tiempo que las compañías navieras se propondrán, en los años venideros, reducir de manera drástica.

De modo que entre el 67 y el 73 son los tiempos ociosos en el negocio del transporte marítimo los que posibilitan que Orzali diga “estuve ahí”, en ese mundo interconectado por el comercio, y veinte años después es el tiempo ocioso del sereno el que permite fijar esa experiencia en un relato. Pero, claro, no es que en ese lapso de veinte años no haya sucedido nada de importancia para la redacción del libro, todo lo contrario. Tenemos que contar, como fundamentales, los momentos en los que el relato se fijó por medio de la narración oral: en reuniones en tierra, en las comidas, en el tiempo de charla y escucha, es decir, también tiempo fuera del trabajo.

El relato, entonces, se articula en tres tiempos: tiempo de la experiencia directa (de “estar ahí”), tiempo de la consolidación en la narración oral, y tiempo de poner (y reformular) esa experiencia por escrito. Como la escritura de los viajes se realiza veinte años después de los viajes, en un trabajo solitario y pasivo, no deberíamos perder de vista el alto grado de idealización que impregna el texto, y también de formalización, en la medida que esos relatos fueron repetidos a familiares y amigos una y otra vez, se pulieron en la escucha, y en la escucha se aprendió qué partes eran capaces de atraer la atención y qué otras no.

Pero entre los años de los viajes y el presente muchas condiciones cambiaron en el comercio internacional marítimo en busca de mayor rentabilidad para las empresas; se perdieron oficios, se incrementó la seguridad portuaria, se flexibilizaron las condiciones de trabajo, se habilitó el cese de bandera nacional y la adopción de banderas de conveniencia, y se redujo notablemente el tiempo de estadía en puerto. Por esos motivos, este libro es vital y elegíaco a la vez, en la medida en que transcurre en un mundo que en esos momentos estaba desapareciendo para transformarse en otra cosa. Veamos cómo.

El fin de la edad de oro

Una de las razones que hacen imposible, hoy, un tipo de experiencia como la que narra Roberto Orzali tiene que ver con los cambios en el diseño y la infraestructura de los buques, cambios que comenzaron a difundirse mundialmente en esos años, y que explican por qué muchos marineros se refieren a esa época como el fin de la edad de oro en la navegación.

La transformación tecnológica en el diseño de los barcos contribuyó, sin duda, a mejorar la rentabilidad de las actividades navieras. Se modificó el diseño de los buques trasladando el comando del medio a la popa, lo que acertó el eje de transmisión y permitió un aprovechamiento mejor del espacio de bodega, dando como resultado buques más rápidos y con mayor capacidad de carga.

Por otro lado, una modificación en los materiales usados provoca una serie de modificaciones importantes: desde los años 70', la industria del plástico pone a disposición las fibras de PVC y nylon que pronto reemplazan a las fibras vegetales en los cabos de amarre y a la madera en la bodega y cubierta. Con este desplazamiento desaparecen los oficios de carpintería y cabuyería. Asimismo, la aplicación de la tecnología vuelve prescindible al radio operador, al contra maestre, al cabo de mar, al comisario de a bordo, y a los aprendices de cubierta y máquinas. Como consecuencia de estas transformaciones, la (poca) tripulación restante se ve sobrecargada en cuanto a funciones y tiempos de trabajo.

Un punto clave en busca de la rentabilidad de las actividades tiene que ver con los procesos de carga y descarga. La modernización de buques y terminales portuarias se refuerza mutuamente, y la rentabilidad también crece para ambas partes. De parte de los barcos, los sistemas de carga automática (los bulk carriers autoestibantes) para los buques de transporte de carga a granel sólida, o la difusión del sistema de contenedores, que facilitan la manipulación, carga y transporte de la carga general. De parte de las terminales portuarias, los procesos de automatización de la descarga de camiones y vagones y la carga de bodegas, que permite reducir los tiempos, aumentar los volúmenes de exportación (y los dividendos), reducir las estadías de los buques, y por lo tanto los fletes, y aumentar la cantidad de buques que anualmente visitan el puerto. Todos ganan, incluso el estado, que recibe los cánones por la actividad en los puertos, de propiedad provincial, pero administrados por entidades

públicas no estatales, como el Consorcio de Gestión del Puerto de Bahía Blanca. Todos ganan, menos los trabajadores, cuya mano de obra ya no hace falta ante la transformación tecnológica. Así, también en tierra desaparecen oficios y destrezas: la de los estibadores que paleando descargaban vagones y acoplados, que hacían la lingada con los cajones de fruta o pescado, o que acomodaban el cereal en las bodegas para que el barco estuviera estabilizado. El puerto de Ingeniero White supo vivir épocas en las que la estiba daba trabajo a muchísimas personas, así como sufrió la reducción drástica de mano de obra.

Lo que desaparece en el puerto es el trabajo masivo, y para el marinero la posibilidad de permanecer varios días en una ciudad (es decir, desaparecen las condiciones que hicieron posible las vivencias que Roberto Orzali relata en el libro).

Lo importante es competir

El discurso de la tecnología, la eficiencia y la modernización alcanzó también al estado nacional, que en la década del 90 adopta con entusiasmo las lógicas empresariales. En este proceso, la intervención del estado consistió, paradójicamente, en su “retirada”. Para el caso de Argentina, el decreto 817/1992, *Desregulación de servicios de baquía, pilotaje, prácticos, trabajo portuario y transporte marítimo, fluvial y lacustre* dio inicio, durante el gobierno de Carlos Menem, al proceso desregulatorio en materia portuaria y marítima con el que se pretendió mejorar el funcionamiento de las instalaciones, reducir los costos de operación y

flexibilizar la oferta de servicios portuarios. El decreto implicó la desregulación en materia laboral.

Por otro lado, la aplicación del Decreto 1.772/91 tuvo como resultado el cese provisorio de bandera, por el que se permitió a todos los armadores que así lo solicitaran, que dieran de baja a sus buques de bandera nacional por un período de dos años adoptando una bandera de conveniencia (que es la bandera de un país que acepta que buques de otros orígenes se matriculen en él, y les otorga una serie de beneficios fiscales y laborales que tienden a disminuir notablemente sus costos). Sumado a esto, la Ley de Puertos 24.093 disolvió la Administración General de Puertos y el estado nacional traspasó la propiedad de los puertos a las provincias, y luego, en un paso más de la descentralización y virtual privatización de los puertos nacionales, la Ley 11.414 creó el primer puerto autónomo de Argentina, el de Ingeniero White, administrado a través de un ente público no estatal: el Consorcio de Gestión del Puerto de Bahía Blanca, con gran representación empresarial en el directorio.

Del Titanic a las Torres Gemelas

Finalmente los puertos que aspiren a competir internacionalmente deben ajustarse a un sistema de galardones otorgados por un Centro de Armadores, es decir por la reunión de empresas navieras privadas, como son las normas de calidad ISO (que evalúan la forma de atención, la demora de los buques, el modo de carga, en fin, la eficiencia

de los puertos), y regirse en función de reglamentaciones internacionales, algunas marcadas por convenios interestatales, como por ejemplo las referidas a la seguridad de las instalaciones portuarias, como el Código Internacional para la Protección de los Buques y de las Instalaciones Portuarias, que integra el Convenio Internacional para la Seguridad de la Vida en el Mar, SOLAS.

Fue el hundimiento del Titanic en 1912 el suceso que motivó la redacción del Convenio Internacional para la Seguridad de la Vida en el Mar (SOLAS) en 1914, que regulaba acerca de incendios, radiotelegrafía, seguridad en la construcción y navegación, equipos de salvamento.

La enmienda de 2002, posterior al atentado a las Torres Gemelas en Nueva York en septiembre de 2001, establece una serie de medidas de protección para embarcaciones (buques de carga, pasaje, de perforación del mar) e instalaciones portuarias utilizadas para el comercio internacional para cuya implementación se requiere de la colaboración de gobiernos, organismos gubernamentales, administraciones locales, y sector naviero y portuario. Para las instalaciones portuarias se establecen tres niveles de protección, normal (medidas mínimas de protección en todo momento), reforzado (medidas adicionales en un determinado tiempo, como resultado de un aumento en el riesgo de que ocurra un suceso que afecte la protección marítima) y excepcional (medidas adicionales en un determinado tiempo, como resultado de un aumento en el riesgo de que ocurra un suceso que afecte la protección

marítima). Para los buques existen dos niveles de protección, entre cuyas acciones se encuentran: controlar el acceso al buque, controlar el embarco de personas y sus efectos, vigilar las zonas restringidas a fin de que solo ingresen las personas autorizadas, vigilar las zonas de cubierta y que rodean al buque, supervisar la manipulación de carga y provisiones, disponer de los medios de comunicación, entre otros.

La estela que deja el relato

En resumen, el fin de la edad de oro de la navegación no es otra cosa que la transformación tecnológica y legal del complejo sistema de comercio marítimo internacional, que trajo como consecuencia la reducción tanto del número de la tripulación en los barcos, por pérdida de oficios, como la reducción del tiempo en puerto por carga y descarga, que sumado a las cada vez mayores restricciones de seguridad portuaria volvieron prácticamente imposible la errancia y el paseo en las ciudades de destino, al modo en que lo supieron hacer Roberto Orzali, Pechito Mancinelli, el Vasco Oroquieta, o tantos otros marineros whitenses de ultramar como se relata en este libro.

Las constantes transformaciones del capitalismo parecen moverse en una sola dirección: facilidad de circulación para las mercancías, restricciones cada vez mayores para la libre circulación de las personas.

Los que no cesan de circular, aún en este mundo, son los relatos. Incluso cuando se trata de un libro de relatos de experiencias personales, como el presente, los modos del relato son colectivos.

Veamos: *Flying fish* empieza con la descripción de un paisaje emotivo, una suerte de mito de origen y destino personal:

Cuando era niño, mi padre me llevaba de la mano por el muelle de hierro y madera de Ingeniero White, donde caminaba, con pasitos inseguros. Recuerdo el horizonte marino, los mástiles de los barcos amarrados, el olor a barro y petróleo que había en esos muelles, y pensaba qué lindo sería ser marinero en uno de esos barcos, y conocer el mundo. A medida que pasaban los años crecía en mí ese espíritu aventurero de descubrir el mar desde la cubierta de un barco, y poder surcarlo en una travesía. Así fue que a los 16 años embarqué en un remolcador en Mar del Plata (haciendo un relevo había obtenido una cédula de embarque), pero yo lo que quería era hacer viajes largos y conocer países.

Esta introducción, que prefigura en la infancia la vida de marinero que llevaría Roberto Orzali, y parece estar irradiando desde lo más personal, es casi una réplica de un fragmento de la carta que le enviara su amigo el Vasco Oroquieta:

Roberto:

Me acuerdo cuando era chico y mi Viejo me llevaba al Puerto. Recuerdo los mástiles vistos desde lejos, el olor a petróleo y el horizonte marino. Me acuerdo del muelle de Palos cuando mis zapatitos inseguros lo cruzaban con temor. En fin, me acuerdo de un Pasado en aquella ciudad marítima que en este momento es una realidad Gloriosa Para mí.

Una realidad donde todo lo que soñé, junto al inmenso amor que nos tenemos con Vilma se transforma en la cosa más linda que le puede pasar a un ser humano.

Adiós Roberto y Manina

Roberto Orzali descubrió la semejanza al releer las primeras pruebas del libro, y se preocupó ante la posibilidad de que el lector creyera que había robado la frase y que esa sospecha pusiera en juego la credibilidad del relato (¿vivió lo mismo que el Vasco Oroquieta? ¿lo está inventando?).

En todo caso, el fragmento es iluminador respecto a la palabra autobiográfica, que no es nunca una palabra enteramente personal, sino que como toda palabra en un aspecto es personal y en otro, colectiva. Lo que Orzali describe en el primer párrafo coincide con la descripción que da en la carta el Vasco Oroquieta, y luego se deslinda a partir de detalles personales, como si el suelo necesario para esa construcción personal fuera la experiencia y su formulación en común, el compartir un mito de origen con compañeros y amigos.

Y al reverso, lo que Roberto Orzali ha puesto por escrito es sin duda su experiencia personal, pero, ya sea a manera de cita, ya sea porque en la conversación algunos pasajes cobraron valor por sobre otros, la voz de Orzali es un entramado en el que hablan y viven muchas otras voces, como la del Vasco Oroquieta en este pasaje, y seguramente en otros la voz de Pecho Mancinelli, o de Pastilla Rodríguez, o de su primo Jorge Siepe.

En la voz del narrador son siempre muchos los que viajan. Creemos que Roberto lo entiende también así, y desde allí nos invita a acompañar sus viajes.

Se imprimieron 300 ejemplares en octubre de 2010,
en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, República Argentina

Director del Complejo de la ex usina Gral. San Martín
Arq. Reynaldo Merlino

Director del Instituto Cultural
Lic. Federico Weyland

Intendente Municipal
Dr. Cristian Breitenstein

Instituto Cultural
Gobierno de Bahía Blanca